

LITERATURA TURCA CONTEMPORÁNEA

PERÍODO PREANATOLIANO

Los pueblos turcos en su patria del Asia Central, antes de su penetración en el mundo islámico, poseían una literatura oral, sencilla, vigorosa como la naturaleza en que se inspiraba, dulce y bella como el amor puro de esa raza viril; entusiasta, sonora cuando cantaba los altos hechos de armas de sus guerreros. Siempre encontró eco en el corazón del pueblo y de los reyes y jefes que vivían en contacto con aquél, ya que así lo imponían las migraciones, las guerras. Rimadas por el viento, el correr de las aguas, o el entrevero de la batalla y las cargas de caballería, o el chirriar de los ejes de miles de carretas en movimiento hacia tierras mejores, nacieron las primitivas poesías turcas que inspiraban también la blancura e inclemencia del invierno, la primavera y el maravilloso despertar de la naturaleza y el amor.

En las numerosas inscripciones de los monumentos turcos de la época preislámica, del Orhon, que datan del siglo VIII, los de Gultekín y de Bilgahan, en Asia Central, puede apreciarse el valor de la literatura oficial del período que nos ocupa.

Tribus turcas, en grandes olas, invaden el fértil Korasán y el Irán, donde se convierten al islamismo. Ellas serían causa directa de la ruina de los grandes Imperios orientales: el de Oriente y el Arabe. Se apoderan de Egipto en el siglo IX, y dinastías turcas reinan en el noroeste de la India y en el Korasán; el Irán, Armenia y Georgia les pertenecen.

Ya en el Irán, influídos por la literatura persa, las nuevas normas de vida, por la majestuosa caricia del misticismo musulmán, dejan los turcos en gran parte sus antiguos cantos de amor, de vida y de victoria. Mientras más penetran en el

mundo islámico, hacia Siria y Egipto, más grande es la influencia que reciben.

En el siglo XI, durante el reinado de la dinastía turca de los selchucidas en el Irán, conquistan los turcos gran parte de Anatolia, donde se establecen y dan nacimiento al Imperio selchucida de Anatolia. Éste fué floreciente desde el punto de vista cultural, sus “medresés” — facultades teológicas — fueron famosas, por lo que después de la primera invasión mongol (siglo XIII), gran número de poetas y sabios orientales, acudieron a radicarse al amparo de los centros culturales anatolianos.

La religión, que debía estudiarse en los textos sagrados escritos en árabe, la abundante literatura y las ciencias árabes comenzaron a posesionarse de las medresés; el idioma persa, la riqueza y belleza de sus obras literarias, hicieron también su entrada en los estados de los sultanes selchucidas, conjuntamente con sus poetas y místicos, que llevaron el aporte persa a la naciente civilización turca de Anatolia.

PRECLÁSICO

El Kutadgubilík es la obra más antigua de la literatura turca postislámica, data del año 1069 y se debe a la pluma de Yusuf, natural de Balasagún. En ella se nota ya la influencia que la cultura persa ejercía en los grandes centros islámicos del Turquestán. La segunda en importancia es el *Aybetulhakayik*, de mediados del XII, está escrita, no en caracteres árabes, sino en los antiguos tureos “uygur”. Pero sería en Anatolia, donde la literatura adquiriría mayor perfección y desarrollo.

Un ejemplo de la penetración en el Imperio selchucida de la influencia literaria persa y de su filosofía, lo ofrece Bahaettín Velet, sabio originario de Harzem, Turquestán. Estudió en el Irán y llegó a Konya, la ciudad santa, la erudita capital del Imperio, a principios del siglo XIII. Se le designaba como “el Sultán de los Sabios”. Su hijo, Chelalettín Rumí, fundó años más tarde la cofradía de derviches danzantes, era un místico, dulcísimo poeta que dejó un inmortal libro de poemas, el *Mesneví*, y un ardiente *Diván* — colección de

poesías de un autor. Chelalettín recibió el nombre de: Mav-lana — nuestro maestro — de donde se deriva el de la secta de derviches danzantes: mevleví. El poeta predicaba en bellos versos la forma por él escogida para llegar al éxtasis, para acercarse a la divinidad: “hay muchos caminos que conducen a Dios, yo he elegido el del baile, la música y la poesía”. El origen del rito danzante de los derviches tuvo lugar un día en que Chelalettín bailaba al compás de su propia flauta en compañía de su gran amigo Shemsettín. Tantas vueltas dió que, mareado, perdió la noción de su cuerpo y exclamó: “¡Subo, voy hacia el cielo!” En otra ocasión, al pasar por la calle de los batidores de oro de Konya, púsose a bailar al compás de los golpes rítmicos dados sobre el yunque por un artesano; éste, entusiasmado, continuó batiendo las hojas de oro hasta que al llamado del muecín al caer de la tarde, el bailarín se detuvo.

“Yo no sabía que todo lo visible y todo lo invisible, eras tú. En los cuerpos, en las almas, siempre eres tú”. “En este mundo pedía un signo de ti. Luego supe que el mundo entero eras tú”. Son frases de su *Diván* en que se advierte la idea filosófica llamada “tesavuf”, surgida en el islamismo como un proceso interno, como una reacción de los pueblos sometidos a la nueva religión. Esa filosofía contó pronto, a pesar de la oposición que encontraba, con numerosos adeptos y dió motivo a la creación de las distintas sectas y órdenes de derviches. Tuvo su parte importante en el desarrollo de éstas el feudalismo, que surgió con el ocaso selchucida después de la invasión mongol en los primeros años del siglo XIV. Las principales órdenes de derviches fueron la Rufaí o de los “derviches aulladores”; la Mevleví o de los “danzantes”; y la Bektashí, la más característica del islam turco. El éxito de los “tekkés” — conventos de derviches — se explica al conocer las antiguas costumbres y el temperamento de la raza turca, esencialmente distinta de la árabe, originaria de regiones cálidas, para la que Mahoma creó su religión. En los tekkés se refugiaría la literatura popular, que ha guardado siempre el color nacional, en oposición con la literatura de la corte y de las medresés, que admitiría una total influencia extranjera.

El hijo de Chelalettín Rumí, llamado Sultán Velet, es considerado el primer poeta turco de Anatolia, sus poesías

místicas no desdican de su herencia literaria. Otro gran vate de fines del siglo XIII y comienzos del XIV, fué Yunus Emré, de un bello lirismo. Escribió en turco, contrariamente a Chelalettín y otros, que lo hicieron en persa; sus versos son aún hoy comprensibles para el pueblo.

Bajo los sultanes de Konya conservó la literatura la forma y la esencia persas; este idioma, así como el árabe en parte, fueron casi exclusivamente los usados por los bardos de la época.

A principios del siglo XIV los hijos de Osmán imponen su voluntad sobre los demás principados turcos formados al debilitarse el Imperio selchucida, y en pocos lustros extienden su dominación a toda la Anatolia turca. Un imperio destinado a la gloria había nacido: el Otomano.

Las tendencias no variaron; por el contrario, el clasicismo persa dió la medida a lo que los turcos otomanos producirían en su primer período. Bajo el reinado del fundador de la dinastía, Osmán I, existió un místico, Ashik pashá, del tipo de Sultán Velet, su contemporáneo. A principios del XV, Suleymán Chelebí compuso un *Mevlut* — poema en honor del nacimiento del Profeta — una de las más difundidas obras de la literatura otomana. Más tarde sobresale Gazi Fazíl en la poesía épica, otros imitan romances persas, entre ellos el sultán Murat II, y Yazichí Oglú escribe en verso una vida de Mahoma. Como prosa, muy escasa por cierto, se conoce la *Historia de los Cuarenta Visires*, dedicada a Murat II por Sheik Zadé.

La literatura persa, que en el siglo XV comenzó su decadencia, ofrecía sus tres brillantes siglos anteriores a los admirados ojos de los poetas otomanos de la corte. Firduzí, Nizami, Saadí, Hafiz y otros, eran los espejos en que aquéllos se miraban; trataban de imitarlos en todo sentido, material y espiritualmente, en la métrica y en el fondo. Los primitivos cantos turcos que el pueblo gustaba aún repetir, pasaban oralmente de generación en generación, y creaban nuevas poesías los autores humildes, pero todo eso era visto desde las medresés y la corte como cosa de gente baja. Así, pues, la literatura otomana, fija la mirada en el Irán, tomó su orientación.

Con la toma de Constantinopla por los turcos en 1453 — fecha que marca el fin de la Edad Media — coronación del

Imperio otomano, y con el poder de éste, las letras y las artes tomaron gran incremento. El mismo Mehmet *el Conquistador* cultiva la poesía y es un Mecenas; historiógrafos, poetas, arquitectos y todos los artistas, reciben favores en la corte y del sultán, como en Florencia los artistas de la misma época, los recibían de Lorenzo *el Magnífico*.

Formado el gusto de los vates turcos por el espíritu islámico del Irán, sus obras reflejan esa influencia. El persa fué el idioma más apreciado, y, en la lírica, las formas procedentes del árabe y adoptadas por los persas, penetran en Turquía: la gazel, poema que no pasa de una docena de “beít” dísticos, cada uno de los cuales contiene un pensamiento completo; el kasidé, que se compone de 12 a 99 beít y se emplea en panegíricos; el mesneví, poema épico, didáctico o místico. La rubaí, o cuarteta, es de origen persa y fué igualmente cultivado por los turcos.

Neyaví escribió gazelas particularmente bellas; Mir Alí Shir era el verdadero nombre de este príncipe, que se recuerda como al primero que puso de moda aquella especialidad literaria, que gozó pronto del favor de los poetas. Entre ellos del visir de Mehmet *el Conquistador*, Ahmet Pashá; otro de los visires de este sultán, Sinán, produjo en prosa un tratado titulado *Súplicas*, en que se exponen juiciosas ideas. Formóse al amparo de la corte una pléyade de poetas de buenos valores. Por desgracia, modelada sobre literaturas exóticas, escritas en una lengua que no era la turca, y por tratarse en las obras otomanas de temas ajenos a la vida nacional, como ser las gestas de los héroes del *Shahname* — el *Libro de los Reyes* de Firduzí — o los amores románticos y trágicos de personajes legendarios del Irán, la literatura otomana de ese período que se ha dado en llamar preclásico —1300-1520— no tiene un carácter nacional.

La armoniosa lengua turca es despreciada; sólo el pueblo la usa en sus versos líricos y su prosa. Existen y fijan sus características en el siglo XIV, tres lenguas turcas literarias: la hablada por los turcos de Anatolia, designada como “oguz occidental”; la hablada en el Azerbaichán, Irán y Mesopotamia, calificada de “oguz oriental” y más comúnmente “azerí”; y la de los turcos orientales, el “chagatay”. En esta última están redactadas las memorias de Baber, descendiente

de Timurlenk y que reconstruyó en el siglo XIV el imperio del Gran Mogol. La literatura oral de los turcos anatólicos ha salvado en cierta manera el vacío que los poetas de la corte hicieron a todo lo que a sentimientos y vida de las masas se refiere. Aquéllos se alejaron de las emociones populares en un rebuscamiento de formas y palabras extrañas al ritmo nacional; abandonaron su misión y se perdieron en literaturas extranjeras, sin pertenecer tampoco a ellas, puesto que al escribir en una mezcla de dos y tres lenguas, no escribieron en ninguna.

En este primer período de la literatura otomana, que termina con el reinado de Selim *el Feroz*, debe mencionarse el valor literario de las poesías de este conquistador, que supera al de todos los demás sultanes, y fueron muchos los que amaron las letras. Kemal Pashá Zadé compuso durante el reinado de Selim, poemas de amor y un *Nazaristán*, inspirado en el célebre *Gulistán* de Saadí. El poeta Mesihí cuenta como el mejor en el fin de este período.

CLÁSICO

En éste, que abarca desde la muerte de Selim I, principios del XIV, hasta la era de las reformas, mediados del XIX, perfeccionanse los estilos literarios, los que se aproximan aún más a los persas. El lenguaje adquiere mayor soltura y belleza, a juicio de los corifeos turcos de la literatura persa, quienes emplean mayor número de palabras y hasta la sintaxis de su lengua de adopción. Las voces introducidas se escribían y pronunciaban sin haber sido turquizadas; en algunas composiciones sólo ciertos verbos y los sufijos característicos, era todo lo que de turco podía encontrarse.

El perfeccionamiento literario de la época que ha recibido el calificativo de clásico, fué precisamente el que más sobresalió en el vicio de alejarse de lo turco; más que nunca el espíritu nacional dejó de interesar a los literatos. Es que sin la benevolencia y generosidad de la corte, la existencia para aquéllos era poco menos que imposible por el carácter feudal a que se hallaban sometidas las diversas regiones del Imperio, reflejo de la autocracia de los sultanes. Éstos y los grandes

señores gustaban oír cantar sus hechos y cualidades; escuchar el canto de sus placeres: los bardos que mejor lo hiciesen recibirían los mayores favores. Eso sí, el libre albedrío no les estaba permitido; críticas a las personas y obras de los grandes eran inadmisibles. Nefí de Erzurum, poeta sarcástico, irritó con sus verdades a personas de la corte, pecado que le costó la vida. Otro, por aventurarse a comentar ciertos intrincados dogmas religiosos, se ganó la animosidad del todopoderoso clero, lo que se tradujo en que fuese desollado vivo. Mejor le estaría, pues, a la literatura otomana en su segundo período, la clasificación de “literatura de corte”.

Al permanecer alejados de la vida, de la realidad, los poetas penetraron en el mundo artificial del preciosismo persa, reflejado en las miniaturas de la época, carentes en absoluto de movimiento, de proporción, de expresión de vida. Los siglos de feudalismo en el Irán, similar en muchos puntos al otomano, y el despotismo musulmán, han tenido indudable influencia en el arte peculiar de aquella civilización; esta similitud sirvió a la mejor adaptación de las características persas en la literatura otomana. Igual limitación de temas a tratarse, igual minuciosidad en los detalles, rebuscamiento en la forma, eufonía y fraseología; devoción por el tecnicismo, abundancia en metáforas y comparaciones que suplían a la verdadera inspiración; severas reglas y una serie de minucias con que el poeta enjaulaba su espíritu y se convertía en un orfebre y llegaba a producir una poesía simétrica y perfecta, comparable en muchos casos a un mosaico por la diversidad de temas que las forman. Los paraísos y mundos en que se movían los literatos turcos del período clásico, reflejados en sus gazelas, kasidés, mesnevís, divanes, poemas báquicos, fueron los mismos en que los persas lo hicieron: imaginarios y sin las preocupaciones por las grandes emociones de los pueblos y las realidades de la vida.

Aparte de la literatura de corte existía una de esencia religiosa y teológica cultivada en las medresés. La lengua empleada contenía un elevado porcentaje de palabras árabes, lengua que es en el mundo islámico lo que el latín en el cristiano. En cuanto al espíritu popular, el único verdaderamente turco, tenía sus modestos cultores, quienes encontraban refugio en los tekkés, centros místicos en que la capa del islam no

lograba ocultar completamente los restos del chamanismo y de las tradiciones de la raza turca. El alma del pueblo encontró un eco en los tekkés, gracias a los cuales se conoce hoy gran parte de la literatura popular.

El clasicismo comienza en el apogeo del Imperio otomano, con el reinado de Suleymán *el Magnífico*, 1520, sucesor de Selim *el Feroz*. Brilla en aquél el poeta Fuzulí, talento genial, desbordante de pasión, una de las dos grandes figuras del clasicismo. Nació en Kerbela o Hille, cerca de Bagdad; pertenecía a la tribu bayat, de origen turco oguz. Escribió en turco “azerí”, de fácil comprensión para los turcos anatolianos, y también en persa y en árabe. En el prólogo de su *Diván* persa dice muy claramente que su idioma materno es el turco, y ya no quedan dudas sobre su origen. La obra de Fuzulí es de una sorprendente originalidad, no puede comparársele con otros escritores y no parece haber recibido mayormente ninguna influencia literaria. Fué el creador de una escuela, pero que no pudo suplantar a la persa, hacia la que volvieron sus sucesores. Ha honrado la literatura otomana con un magnífico *Diván* y con poesías de amor como las de *Leyla y Mechnún*, dos amantes árabes, y otras de indiscutible mérito, belleza y sinceridad, si se las compara con las de sus contemporáneos, a pesar de estar sometidas a un rigorismo semejante al de éstos.

El poeta Bakí, que nació en Estambul en 1526, se destaca después de Fuzulí. Carece del genio de éste, que, como se ha dicho, cuenta entre los más preciados de la antigua escuela, pero cantó como pocos las virtudes imperiales, lo que, entre tantos que lo hacían, tiene su mérito. Entre los poetas de ese siglo XVI, han dejado huellas perdurables de su paso: Ruhí, Neví, el jenízaro Yahia bey. Selim II, hijo de Suleymán *el Magnífico* y de Roxelana, aunque no se le catalogue entre los hombres de estado activos e inteligentes, ya que pasó la vida entregado a la molicie y los placeres, fué un poeta discreto.

En el siglo siguiente brilla sin competencias Nefí de Erzurum, poeta de estilo propio que descolló en la composición de kasidés e hizo, por rara excepción, reír con sus sátiras y sarcasmos, llenos de ingenio y dentro del buen gusto. Eso le trajo su desgracia, pues los que vieron sus defectos transfor-

mados en burlas, consiguieron llevar al vate al cadalso. Ejemplo éste tomado muy en cuenta por los pensadores otomanos. Aparte de los imitadores de Nefí, de su estilo, no de su imprudencia, encuéntrase Nabí, innovador en el estilo de las gazelas, que escribió didácticas. Con este vate la imitación a lo persa fué tal, que es difícil distinguir sus poesías de las producidas por algunos de sus contemporáneos del Irán.

La prosa es en este período mucho más abundante y los prosistas se expresan con mayor corrección que en el preclásico: Alí Chelebí tradujo en lengua de palacio los clásicos persas; los analistas otomanos tienen en Saadettín al iniciador de esa especialidad, fué preceptor del sultán Murat III y escribió una historia bien documentada del Imperio otomano. Historiógrafos y analistas abundan; aparece un literato geógrafo, Evliá Chelebí, que ha dejado descripciones muy interesantes de la Turquía del siglo XVII. Hachí Kalifa es conocido por haber producido una cosmografía y una enciclopedia. Veysí y Nerguisí, el primero de los cuales escribió una biografía del Profeta, y el segundo poeta y prosista, marcan el final de la unión de las literaturas persa y turca; en ellos las alusiones y metáforas turbias, y las minuciosidades persas alcanzan el grado superlativo.

El período clásico vivió con Ahmet III una época de oro. Como nunca antes cultivóse con mayor entusiasmo la poesía, con tanto como la pasión que tuvo la brillante corte del sultán y la Ciudad de las Mezquitas por los tulipanes, que dieron su nombre a esa corta época que va de 1718 a 1730.

La Era de los Tulipanes... es un nombre que evoca de inmediato la figura incomparable de Nedím, quien cantó con notable ingenio y delicadeza, en gazelas maravillosas, la era de lujo, placer, molicie, refinamiento; en que las canciones de amor y el perfume de las flores embriagaron a Estambul. El sultán Ahmet III, poeta y artista, encontró el glorioso Imperio de sus antepasados con síntomas evidentes de decadencia militar, lo que se había puesto de manifiesto con el tratado de Carlovitz, por el que comenzaban a perderse las antiguas conquistas. Poca suerte tuvo Ahmet con las armas; alma de artista, no se encontraba a gusto en medio de las matanzas; fatigado de cañoneos, cargas, asaltos y sitios, retiróse a su capital, quiso que la nación descansase de tantas guerras, y que la

poesía y la música alegrasen su mesa de festín y el lecho de su harén imperial.

Nevshehirlí Ibrahim pashá, su gran visir, se asoció ampliamente a los deseos de su amo; favoreciéronse las artes y las letras, se embelleció la ciudad, construyéronse fuentes, palacios, en que el arte turco antiguo siente la influencia del estilo Luis XIV. Pero lo que caracterizó esa época fué el verdadero culto que por los tulipanes tuvo la aristocracia y el mismo pueblo. Se cultivaban en los innumerables jardines, múltiples variedades de tulipanes que recibían nombres poéticos, como “Venus Roja”, “Lluvia de oro”, “Color de Aurora”, “Novia de la Primavera”. Los tulipanes ocuparon un lugar principal en el arte decorativo.

En su elegante palacio, de lujo oriental, de Saadabad — La Mansión de la Felicidad — a orillas del apacible Cuerno de Oro, el sultán poeta ofrecía fiestas espléndidas, que trataban de imitar los grandes del Imperio y los extranjeros. El sultán, después del festín, recostado entre almohadones, escuchaba los versos de sus poetas favoritos y las notas de la música turca, dolorosamente bella, que apenas sobrepasaba al murmullo de las fuentes de los jardines de la felicidad. Como Ahmet, ningún padishah hizo gala de suntuosidad y elegancia en el vestir, y sus visires y la corte seguían sus modas. Vestía una amplia túnica de seda recamada de oro y piedras preciosas, ceñida por una angosta faja cuajada de grandes esmeraldas; de sus hombros pendía una capa de armiño y terciopelo. El turbante era de forma original, más bien se trataba de un alto bonete que semejaba un tulipán, adornado con penachos de garza real sostenidos por engarces de oro incrustados con brillantes de incalculable valor.

La belleza de esa época está reflejada con mil colores en las poesías de Nedím, quien como Fuzulí no copió a nadie. En una de sus gazelas, que al traducirlas pierden su perfume exquisito, dice, en prosa: “Ven, sé indulgente con este corazón desgarrado... Ven, mi ciprés viviente, ¡vamos a Saadabad! Mi caík — embarcación — de tres remeros está pronto en el embarcadero. Ven, mi ciprés viviente, vamos a Saadabad. Riamos, juguemos, gocemos de la vida, bebamos el agua del Tesnín — río del paraíso — en la Fuente Nueva — una de las del palacio -- miremos el agua de juvenencia que fluye de

la boca del dragón. Ven, mi ciprés viviente, ¡vamos a Saadabad! Ven, pasearemos por los bordes del estanque, iremos a admirar la vista del Palacio Nuevo, cantaremos canciones y diremos gazelas... Ven, mi ciprés viviente, ¡vamos a Saadabad!”

Al descontento de los turbulentos jenízaros en medio de aquella paz nada provechosa para ellos, se unió el de una parte de la población, que lo estaba a causa de los impuestos que el lujo y despilfarro de la corte hacían cada vez más pesados. El padishah poeta, que instituyó la fiesta de la primavera, durante la cual los jardines de palacio poblados de esbeltos tulipanes, eran iluminados con lámparas de colores, fué destronado por una revolución encabezada por un bañero, Padrona Halil. La turba asesinó al gran visir enamorado de los tulipanes y al dulcísimo poeta Nedím y quemó la Mansión de la Felicidad.

Débase a Ahmet III la instalación de la primera imprenta, lo que ocurrió en las postrimerías de su reinado, en 1727, sin que esta innovación prosperase, lo que era dado esperar, por culpa de la oposición de los ulemas —doctores eclesiásticos—. Recién a fines del siglo pudo ser empleada en mayor escala; es decir, más de tres siglos después que Gutenberg la perfeccionó.

No aparecen ya en el período clásico, poetas ni prosistas dignos de mención; es, quizás, porque la decadencia del coloso otomano se acentúa.

El declive otomano y su estancamiento espiritual pueden ser historiados en la siguiente forma: la deslumbrante civilización islámica, a la que dieron impulso tanto los califas de Bagdad como los de Córdoba, tenía como base de su conservación y desarrollo, a las escuelas de tipo religioso. El Imperio selchucida de Anatolia poseía una cultura islámica; su capital, Konya, y otras ciudades se transformaron en centros de alta cultura y ardor espiritual. En sus medresés de estudios superiores — especies de facultades — se enseñaba la medicina, jurisprudencia, matemáticas, geometría, arquitectura y otras ciencias y estaban, por lo menos, a la misma altura que las de Buhara, Bagdad, Córdoba, el Cairo y otras ciudades en que el Corán era la ley.

En el Imperio otomano, heredero del selchucida, las ciencias, las letras y las artes continuaron albergándose en las me-

dresés y de ellas salieron los artistas y hombres de ciencia, que contribuyeron brillantemente al florecimiento turco del siglo en que Mehmet se apoderó de Constantinopla, y siguientes. Esta ciudad fué entonces el verdadero centro del saber y de la ciencia islámicos; a sus medresés acudían estudiantes de China, la India, de Egipto y de todo el mundo musulmán. Por el carácter teocrático del Imperio otomano, todas las ramas del saber y de la enseñanza convergían en las escuelas religiosas; ni los jueces, ni los maestros, ni los miembros del clero podían ser reclutados en otro lugar que en aquéllas.

Con la decadencia otomana, cuyo comienzo se coloca en el siglo XVIII, las medresés suspendieron su evolución, perdieron en cierto modo su elasticidad. No prestaron oídos más que al Corán, a la tradición oral, a la lógica de Aristóteles, a los viejos autores islámicos y rehuyeron todo lo que significase evolución. El obligar a una nación a regirse por principios y leyes viejos de doce siglos, motivó su atraso. El dogmatismo, el excesivo espíritu conservador de los establecimientos teocráticos de enseñanza, fueron causa primordial del estancamiento espiritual del período de la decadencia otomana, o de su Edad Media. Similar suerte a la de las medresés siguieron los tekkés, escuelas de misticismo; de ambos no debía esperar ya nada la nación.

El sultán Selim III, inteligente e instruído, que reinó durante el cambio de siglo, fué el precursor del período en que las ideas occidentales penetrarían en la vida del Imperio y en especial en su literatura. Comprendió que éste no podría subsistir sin acercarse a Occidente, sin asimilar su progreso. Es la época en que las potencias occidentales advirtieron la debilidad del Imperio otomano y el peligro de que un desequilibrio entre las fuerzas de éste y de la ambiciosa Rusia, fuese funesto para sus propios intereses. Hicieron, por lo tanto, esfuerzos para llegar a un entendimiento con la Sublime Puerta — gobierno otomano — lo que consiguieron. En 1795 creóse en Estambul la escuela de artillería, según los métodos europeos, la que sería seguida por otras instituciones de enseñanza militar. La cultura francesa se hace conocer aunque en corta escala y comienza a reclutar adeptos. Así se llega al final del período clásico, sin grandes plumas que honren su fin.

PERÍODO DE LAS REFORMAS

A Selim sucede Mahmut II, la personalidad de perfiles más destacados de la decadencia otomana. A él tocó sostener la lucha contra el fanatismo en favor de la civilización y allanó el terreno a la época de las reformas, el "Tanzimat". Abrió las puertas a las letras europeas, a los libros de los críticos y filósofos del siglo XVIII. Montesquieu, Voltaire, los enciclopedistas Diderot, Rousseau, siembran sus teorías sociales y políticas. La transición entre el clasicismo otomano, de impecables y estrechos horizontes, y las ideas más avanzadas de la época, produjeron un período confuso de asimilación occidental. Período de transición puede llamarse a éste, mejor que postelásico, como algunos autores lo califican.

Pasado éste y ya en el período de las reformas (1839-1880), rompen los escritores turcos con el pasado; del mundo de las miniaturas persas pasan a la vida real, al estudio de los sentimientos humanos, al de la humanidad. La lengua se simplifica, desaparecen las oscuridades, comparaciones, metáforas; tradúcense obras literarias francesas, y de otros países en menor cantidad.

Descuellan dos grandes escritores: Shinasí y Namik Kemal, realizadores de la evolución literaria turca. Coinciden con la escuela romántica en Francia, iniciada por Chateaubriand y Madame de Stael y en que domina el individualismo con Lamartine, Victor Hugo, Vigny, Musset. Shinasí, fundador, puede decirse, del periodismo turco, va a París, conoce a varios prohombres del romanticismo y vuelve a su país desbordante de ideas francesas, traduce muchas obras y difunde el conocimiento de nuevas formas poéticas y literarias.

Namik Kemal fué mucho más, fué la voz poderosa del progreso social que despertó a la nación turca de su secular somnolencia. Fué el padre indiscutible de los escritores que habían de venir, y los sentimientos más nobles del renacimiento espiritual turco fueron tema de su pluma vibrante. Tiene rasgos y similitudes en su obra, en su idealismo y en los acontecimientos de su vida, con Alejandro Pushkin, el escritor ruso de principios del XIX, valiente defensor del espíritu del hombre, de las almas oprimidas; propagandista de las ideas

avanzadas y enemigo insobornable de los poderosos, de las castas que ahogaban al pueblo. El genial Pushkin recibió como castigo largos períodos de prisión, que no doblegaron su fe. Namik Kemal conoció también las prisiones, el destierro, la confinación. Su drama patriótico *Silistria*, 1892, obtuvo un sonado éxito, pero su autor debió tomar el camino del destierro, en la isla de Chipre.

El sultán Abdulaziz (1861-1876) no vió de buena manera el incremento que las ideas revolucionarias tomaban en la juventud intelectual. Por sentirse amenazado, huyó Shinasí a Francia, entregó la dirección de su diario a Namik Kemal, quince años menor que él, y que había cumplido ya con su castigo. Pero el idealismo de éste era incurable, y a su vez debió huir al extranjero.

El sultán Abdulhamit, el tristemente célebre Sultán Rojo, aparentó en un principio ser el continuador de la evolución comenzada en el "Tanzimat". Su gran visir Mithat pashá era conocido por sus ideas de progreso, y cuando el año de la ascensión al trono del nuevo padishah (1876), proclamó éste la Constitución que comprendía el régimen parlamentario, nadie dudó de que se iniciaba un reinado en que las libertades individuales serían protegidas y el progreso favorecido. El sultán traía otras ideas, que pronto pondría en práctica: cerró el Parlamento el mismo año de su apertura y progresivamente implantó un régimen de terror y despotismo.

El apóstol de la libertad, Namik Kemal, no prestó oídos a las advertencias y continuó su sagrada misión. Fué encarcelado y deportado a la isla de Creta. La tuberculosis minó su cuerpo que consumía la llama abrasadora de su gran espíritu encadenado, y murió lejos de su hogar y sus amigos en 1888. Es un ejemplo más del poder del espíritu del hombre aunque se albergue en la miseria de un cuerpo carcomido, y que no hay potencia material, ni murallas, ni ejércitos, que no eche por tierra la fuerza espiritual.

¡Oh libertad!, ¡qué magia ejerce la belleza de tu rostro! Repetía el mártir con la voz cavernosa de su tisis; sus versos, su prosa, toda su obra, entusiasmó a la generación que terminaría con el absolutismo imperial. La juventud universitaria, de las escuelas militares, lo leía en secreto, pues era algo grave el dedicarse a esa lectura en tiempos del déspota Abdul-

hamit. Mustafá Kemal vibraba de emoción con la palabra del apóstol y conocía de memoria muchas de sus poesías. Sus ideas encontraron fértil campo de cultivo en el espíritu del campeón de la libertad y la cultura en Turquía. Aunque Namik Kemal debe considerarse el precursor intelectual de la revolución turca, no se cataloga entre los escritores de esta última; hay otros períodos que los separan.

Al impulso dado por Shinasí — muerto en 1869 — y por Namik Kemal, siguieron, entre otras, dos grandes plumas que expresaron como aquéllos el nuevo espíritu. Son Abdulhak Hamit y Samipasházade Sezaí. El primero ha sido reconocido como el creador de la poesía moderna turca; vivió largos años en el extranjero en calidad de diplomático, en París principalmente. Sus poemas, ya líricos, patéticos o morales, con recuerdos de literatura oriental, alcanzan verdadera grandiosidad en *Makber* — La Tumba — inspirada en el dolor que le causó la muerte de su primera esposa. Sus dramas, numerosos, tienen mucho de Shakespeare y Corneille. La lengua por él usada es poco accesible a los turcos que no poseen conocimientos avanzados de persa y árabe, y la idea de nación desarrollada por el maestro es islamita. Abdulhak Hamit, cuyo deceso ocurrió en 1937, a la edad de 85 años, se unió con sincero entusiasmo a la revolución nacionalista de Kemal Ataturk — Mustafá Kemal — representó a Estambul en la Gran Asamblea y se le llamó “poeta nacional”.

Samipasházade nació en 1858; como Abdulhak Hamit, fué diplomático. Es el primer escritor que escribió una novela de carácter esencialmente turco: *Aventura*. En ella describe la vida en los grandes palacios y defiende los derechos individuales en contra de la esclavitud.

En el período de las reformas, de influencia romántica francesa, la lengua está aún abundantemente cargada de persa y árabe, y el ideal turco, tal como lo entendió Kemal Ataturk, no había aún aparecido.

LA “NUEVA LITERATURA”

El liberalismo de Namik Kemal es sumergido en la niebla del absolutismo del Sultán Rojo. El espionaje, industria de la época, las persecuciones, una censura minuciosa, apagan

todo vestigio de libertad de pensamiento. Los intelectuales de esos años de opresión tienen asimilada una mayor cultura occidental, gracias a la obra de difusión de los maestros del "Tanzimat"; sin embargo, el ejemplo liberal de éstos sería por demás arriesgado seguir. Entonces los poetas y escritores se redujeron a simplificar el idioma, expulsar en lo posible los vocablos islámicos para substituirlos, en muchos casos, por occidentales, ya que no tenían un conocimiento suficiente de la lengua y sintaxis turcas ni un método para su perfeccionamiento.

En cuanto al fondo de sus obras, se recogieron en sí mismos, versificaron y escribieron sus emociones personales en una literatura gris, pesimista, en que lo turco ocupaba una parte mínima de sus preocupaciones. Es la llamada "Nueva Literatura" y en forma más general, período del "Servetifunun" — Tesoro de las Ciencias — nombre de una revista fundada por Ahmet Ihsán en 1891, que sirvió para hacer conocer obras literarias occidentales y difundir las turcas. El poeta Tevfik Fikret, director de la revista desde 1896, es asimismo el prototipo de este período; tiene analogías con Francisco Copée. Como prosista se destaca Halit Zíá, es un psicólogo interesante, imitó a Alfonso Daudet y a los hermanos Goncourt; su pluma fué siempre fina y elegante. Le sigue Chenap Chehabettín, poeta y prosista, el novelista Huseín Rahmí, Ahmet Hikmet. Colaboraron también en la "Servetifunun": Huseín Chaít, Suleymán Nazif y Mehmet Rauf, quien cultivó la novela psicológica a la manera de Paul Bourget.

La mayoría de éstos eran jóvenes, que en 1901, año en que se procesó a la revista por "revolucionaria", contaban entre 24 y 36 años. Terminado el reinado funesto del Sultán Rojo, evolucionaron en los nuevos rumbos que abría la libertad. Ahmet Mithat fué un intelectual multiforme, guía, bajo varios aspectos, de la juventud de la "Nueva Literatura", novelista, dramaturgo, periodista, todo abarcó y siempre con talento. Huseín Rahmí y Ahmet Rasím, novelista el primero, polígrafo y ante todo periodista el segundo, no fueron arrastrados por la evolución del movimiento literario. Han dejado, sin embargo, una visión detallada de los últimos treinta años del Imperio otomano.

LA “AURORA DEL PORVENIR”

La revolución de los Jóvenes Turcos destrona en 1909 al Sultán Rojo; aquéllos toman el poder mientras Mehmet V ciñe el sable ancestral, desafilado por el régimen constitucional.

La nueva situación favorece el desarrollo de las ideas nacionalistas predicadas en sus campañas por los Jóvenes Turcos; sin embargo, desde la revolución hasta las desastrosas guerras balcánicas (1912), el nacionalismo no se manifiesta. Sucede al “Servetífünun” el grupo denominado “Aurora del Porvenir” —“Fechrí Atí”, en turco—. Preparado por los escritores de los dos períodos anteriores, los del nuevo grupo continúan en las letras turcas la evolución, aunque retardadamente, de la literatura francesa. Si la “Nueva Literatura” se inspiró en los romanos y luego en los parnasianos, Baudelaire, de Heredia; los de la “Aurora” lo hicieron en éstos y sobre todo en los simbolistas, la escuela sugestiva dedicada al estudio de las afinidades de la materia y el espíritu y que cuenta, entre sus principales poetas, con Pablo Verlaine, Juan Moréas, Henri de Régnier y en los prosistas a Anatole France y Mauricio Barrès.

Ahmet Hashím, poeta y ensayista, permaneció toda su vida fiel a la divisa de “L’art pour l’art”, que lo fué también de las plumas de la “Aurora del Porvenir”, en que Hashím representa el exponente más alto. Murió en 1933. En una lengua inaccesible para el vulgo, cantó en tonos profundos, de una exquisita sensibilidad, su mundo individual; en poesía conservó la métrica cuantitativa del período clásico y como ensayista todo elogio que quiera hacérsele está merecido. El poeta Yahia Kemal pertenece, como Hashím, al grupo de la “Aurora del Porvenir”, mientras otros intelectuales notables, tales como Ziá Gokalp, Refik Halít, Yakup Kadrí, Mehmet Fuat Keprulú, pasaron por él transitoriamente. Se les verá más tarde en sus diversas transformaciones.

TURANISMO

En 1912, año en que se inició la guerra ítalo-turca, se exteriorizó un movimiento literario de tendencia anticosmopolita, reacción contra las escuelas anteriores y fomentado por la difícil situación en que el Imperio se encontraba, amenazado en sus flácidos flancos. No sería tampoco en el cenáculo de la nueva tendencia donde se descubriría el nacionalismo integral y práctico, creador de la República turca.

Formado el Imperio por pueblos de distinta religión y raza, la reconstrucción o salvación de éste podía esperarse, por unos en el “panislamismo”, o sea la unión de todos los musulmanes al pie del estandarte de la religión, teoría ésta defendida por el Sultán Rojo, o bien, opinaban otros, en el “otomanismo”, es decir, que los habitantes del Imperio, cualquiera que fuese su religión o raza, se considerasen súbditos otomanos, teoría ésta proclamada por el sultán Abdulmechít durante la era de las reformas, y que los Jóvenes Turcos quisieron llevar a la práctica. Sin embargo, el fracaso de ambas teorías indujo a los intelectuales que formaron la nueva escuela a predicar el “panturquismo”; llamado asimismo “turanismo”; la unión étnica de los turcos, tanto de Europa como de Anatolia, del Turquestán y otras regiones de Asia. Si el panislamismo demostró ser un imposible, si la turquización de los pueblos no turcos sometidos al Imperio produjo revueltas y reacciones violentas, el panturanismo, por el contrario, sería la gran salvación de Turquía, decían los defensores de esta última tesis.

Desde el Adriático hasta el río Lena, en Siberia, podía hablarse el turco o sus dialectos, la raza turca poblada todas esas regiones, y ya que Europa trataba de expulsar a los osmanlíes, el grupo más importante, hacia el Asia, ellos volverían a las fuentes puras de la raza, rumbo a oriente y de allí recibirían nuevo aliento. Turanismo es una expresión derivada del viejo vocablo “Turán”, nombre dado a los pueblos turcos al norte del Irán y que como un símbolo reúne a todo el grupo étnico. El turanismo tenía ya sus partidarios y propagandistas que habían ido en aumento después de las guerras balcánicas, entre otros al poeta Ziá Gokalp uno de sus prime-

ros teóricos, que ejerció una sensible influencia sobre sus contemporáneos. Cantaba en versos el recuerdo de los grandes conquistadores turcos: “¡Mi Atila! ¡Mi Gengis!” Figuras de héroes que son la gloria de mi raza! Oguz han me llena el corazón. ¡La patria de los turcos no es Turquía; ni es el Turquestán, es una vasta y eterna región: el Turán!”

El gobierno de los Jóvenes Turcos apoyaba con ardor ese sueño, que como es posible ver no carece de grandeza.

La revista *Turk Yurdú* — La Patria Turca — como otras antes, centralizó el movimiento literario del momento. La fundaron un turco del Azerbaichán, Ahmet Agáoglu y un oficial que había residido en el Turquestán, Yusuf Akchura. Preparó el ambiente otra publicación que aparecía ya con anterioridad en Salónica, dedicada casi exclusivamente a turquizar el idioma, en elevar la lengua popular a lengua literaria. Se trata de la revista *Gench Kalemler* — Plumas Jóvenes — dirigida sucesivamente por Omer Seyfettín y Ziá Gokalp. Este regreso al estudio de la lengua turca fué sostenido por la *Turk Yurdú*.

Al propio tiempo que expulsan palabras extranjeras y abandonan la sintaxis árabe-persa, los poetas y prosistas unen sus esfuerzos para crear una literatura turca, de carácter turánico, desde luego. El folklore turco se pone de moda y nace así el camino al estudio de la mitología nacional. Ziá Gokalp pasa a primera figura del turanismo; sociólogo filósofo y lingüista, buen poeta, produjo en lengua sencilla poemas dedicados al culto de las glorias de la raza, entre ellos el *Ergueneión*. Ha sido reconocido como el realizador de un paso importante hacia el turquismo y la literatura nacional.

Su ejemplo es seguido, descúbrese en archivos, en las tradiciones del pueblo, en los conventos de derviches: leyendas, fábulas, poesías y proverbios antiguos, poemas de trovadores tales como Ashik Kerén, Kieroglú y de místicos populares; las anécdotas atribuidas a Nasrettín Hocha, filosofía y gracia populares. En el período en que se volvieron las preocupaciones de los intelectuales hacia el alma nacional, desgraciadamente con quimeras turánicas, destacáronse autores de capacidad, como Ahmet Hikmet, quien hizo, como muchos intelectuales de marca, sus estudios en el liceo de Galata Saray y como otros tantos formó parte del servicio exterior del mi-

nisterio de relaciones exteriores. Evocó las grandes migraciones turcas.

Halidé Edip, novelista turca de singular dominio de su pluma, dió a la publicidad en 1912, una novela clásica del período, titulada: *Yení Turán* — El Nuevo Turán — en que se realiza el ideal turánico. Dice en esa novela:

“Nuevo Turán, comarca querida. ¿Dónde está la ruta que lleva hacia ti? Desde hace seiscientos años recorreremos comarcas extranjeras, altiplanicies sin agua, montañas sin sombra. En esas tierras áridas nos hemos desecado como árboles muertos. ¿Dónde está, dime, la verde patria, dónde tu río vivificante?”.

Hamdulah Suphí, excelente orador y prosista, puso su valiosa cooperación para divulgar los nuevos ideales étnicos. Mehmet Fuat Keprulú, simpatizante estético de los dos períodos anteriores, se adhirió al del turanismo; escribió artículos sobre literatura turca popular y mística. El señor Keprulú es en la historia de la literatura de su país, un especialista de gran competencia; fué catedrático de esa materia en la Universidad de Estambul. En poesía cabe citar a Mehmet Emín y a Mehmet Akif.

PERÍODO CONTEMPORÁNEO

La contienda mundial, los sinsabores que trajo al Imperio otomano, derrotado junto con sus aliados los Imperios Centrales, suspendieron, puede decirse, la producción literaria. Vista en la realidad la inconsistencia del turanismo, las clases intelectuales quedaron en la oscuridad, y al comprobar que el gobierno del sultán no reaccionaba cuando después de firmado el armisticio de Mudros en 1918, las potencias vencedoras comenzaron su descarada infiltración en la parte esencialmente turca del Imperio, perdieron su orientación.

La falta de virilidad del sultán Mehmet VI Vahdettín y de sus visires, parece invadir los espíritus. Estamos derrotados — dicen aquéllos —; no queda otro remedio que someterse a la generosidad de las potencias. Resistir... ¡no!, sería una locura. ¡Dios es grande! Confiemos en Él. Esta mansedumbre cobarde, o fatalismo musulmán, pudo cundir en las ciudades,

entre ciertos elementos, pero no en la Anatolia turca, donde las tradiciones de la raza se mantenían más puras. Síntomas de rebelión comienzan a sentirse al ser ocupada brutal y sanguinariamente la ciudad de Esmirna por los griegos en mayo de 1919. Éstos, más que a una ocupación provisional dispuesta por los aliados, parecían ir a una cruzada, guiados por la cruz de Constantino.

A los pocos días desembarca Kemal Ataturk en Samsun — puerto anatoliano sobre el mar Negro. Una nueva era ha nacido en la historia milenaria de los turcos y que marcaría una nueva etapa en su literatura. ¡Esperanza! ¡Fe! Son palabras que como olas de vida corren por las mesetas y bajan por los valles al mar. Fuertes espíritus elevan sus voces para exaltar el despertar de un gran pueblo que no quiere desaparecer; para cantar el espectáculo sublime de millares de jóvenes que ofrecen sus vidas al ideal.

El gobierno imperial no llega a emocionarse ni a comprender siquiera la grandeza del pueblo, persigue a los patriotas; el escribir o hablar en favor de los nacionalistas es grave pecado y más tarde, al no poder dominar el movimiento nacional, admite que las “potencias protectoras” tomen directamente cartas en el asunto. En las ciudades ocupadas no hay posibilidad de que ninguna voz se haga escuchar, pero los verdaderos patriotas huyen, van a sumarse al espíritu activo de la defensa, y los intelectuales a acrecentar el fervor de las masas con su palabra y su pluma.

El poeta Akif entona un himno vibrante a la independencia, que la Gran Asamblea nacionalista adopta en marzo de 1921 como himno nacional: “¡No temas!, esa bandera roja que flota en el horizonte no desaparecerá, — mientras no se apague el último hogar que arde en mi país”.

Yakup Kadrí, quien obtendría el primer lugar entre los novelistas revolucionarios, escribió notables artículos en pro del nacionalismo kemalista y dió a publicidad en 1922, su más famosa novela: *Nur Babú*, en que ataca crudamente la depravación de las cofradías religiosas y ridiculiza sus ritos absurdos. Yakup Kadrí es un adversario del fanatismo inculcado en las masas, y buena parte de su destacada obra ha tenido esa orientación. La novelista Halidé Edip, con sus anotaciones *de visu* tomadas en el frente de batalla durante la guerra de la

independencia —1919-1922— escribió en 1922 una de sus tantas obras de carácter patriótico: *Ateshten Gomlek* —La Camisa de Fuego— como se designa en turco a la miseria. Hamdulah Suphí, Rushén Eshref Unaydín, Aká Gunduz, se unieron con entusiasmo a la obra de Kemal Ataturk, pusieron su preparación y capacidad intelectual a su servicio, lo que hicieron también Yunus Nadí como periodista y otros novelistas y escritores, pero que la extensión de esta obra no permite detenerse sobre ellos.

Es en el dolor en que nacen los grandes ideales y los grandes amores, y así como la madre quiere al hijo concebido en el dolor, así los pueblos aman la libertad, que les cuesta constantes sacrificios para obtenerla o conservarla, y cuando se sienten oprimidos, privados de ella; en los períodos de vergüenza y de rabia se conciben esos movimientos que han convulsionado y que convulsionan, como cataclismos, a la sociedad humana cada vez que la injusticia de ésta apoyada por la fuerza, sobrepasa los límites soportables. La Grecia del siglo V a. de J. C., amenazada de muerte durante las guerras médicas, al extremo de ser incendiada la propia Atenas, reaccionó en tal forma, que el puñado de sus defensores impregnados del sagrado amor a la libertad vencieron al gigante invasor en jornadas memorables en la historia de la civilización. El siglo de Pericles encierra el apogeo al que llegó el arte y las letras helenas, que festejaron con sus divinos medios el triunfo de la libertad.

La Turquía de la postguerra parecía destinada a morir; sus principales ciudades estaban en manos del invasor y fuertes ejércitos habían penetrado hasta el corazón de Anatolia. Toda esperanza debía desaparecer de quienes miraban en los mapas y consultaban en estadísticas la situación y fuerza de los defensores, y, en efecto, a no ser por el amor a la libertad, calentado al rojo por el soplo de Ataturk que los alentaba y dirigía, su adversa suerte era inevitable.

Venció el pueblo turco y una era de renacimiento artístico y literario se inició. Los poetas y escritores celebraron el triunfo, los hechos de armas gloriosos, la figura de los héroes y en particular del héroe máximo. Recordaron los padecimientos del pueblo en las horas tristes, y llenos de fe cantaron el porvenir brillante de la Turquía republicana.

La literatura actual turca y sus ideales están modelados

por el espíritu de Kemal Ataturk y es, por vez primera en la historia del pueblo turco, una literatura nacional. Para que una literatura tenga un valor real, debe reflejar sinceramente los sentimientos, las aspiraciones del pueblo, de la conciencia nacional, en su lengua propia. Así un pueblo puede labrarse un lugar con líneas originales en el tiempo inmutable. Firduzí nos habla de las ciudades que desaparecen y de los versos que perduran... La nueva Turquía ha comprendido la necesidad de crear una literatura turca, propia; ponerla al servicio de la reconstrucción social, de la democracia kemalista.

Kemal Ataturk ha puesto en esta parte tan importante de su obra civilizadora, tanto empeño como en el resto de la misma y ha tenido la satisfacción de ver secundados sus esfuerzos por los cerebros más capacitados del país. La adopción del alfabeto de origen latino abrió las puertas a la difusión de la cultura; la eliminación del idioma de las voces persas y árabes y la substitución de éstas por turcas, inició la democratización de la literatura.

Ya el preciosismo persa de los clásicos y sus temas exóticos han desaparecido, así como la lengua llamada “de palacio” que existió en épocas del oscurantismo literario y que era inaccesible al pueblo. El “Tanzimat” con su asimilación occidental pero falto de atención hacia lo turco, la “Aurora del Porvenir” y otros períodos, no fueron más que etapas hacia la literatura nacional.

La nueva Turquía ha combatido el triste espectáculo que la “Turquía pintoresca” a lo Pierre Loti ofrecía a los turistas y escritores, ávidos de ver en otros países el exotismo, el atraso que no admitirían en los suyos. Falih Rifkí Atay, el notable escritor, ha expresado en forma gráfica el choque de ambas mentalidades: “Hay quienes se lamentan del nuevo estado de cosas, éstos son particularmente numerosos entre los escritores franceses de la vieja escuela. Pero hemos de recordarles como una respuesta, que si ellos se paseasen por las calles de París vestidos con los trajes conservados en los museos, el turismo dañado por la crisis, tomaría en Francia nuevo incremento”.

Cabe reproducir aquí un ensayo del exquisito escritor Ahmet Hashím, titulado *Del Estilo* en el que rechaza el antiguo preciosismo persa-otomano:

“Encontré el otro día una colección de poesías que, cuando era niño, me sumergía en el éxtasis por el espectáculo nuevo del mundo que proporcionaba a mi fantasía, y me llenaba los ojos de lágrimas gracias a la emoción que despertaba en mi alma. Al hojearlo después de tantos años caí en una especie de amargo estupor.

“El contenido del libro parecía más envejecido que sus tapas descoloridas y sus páginas amarillentas. Se hubiera dicho que polillas inmaterialmente invisibles, habían roído y reducido a polvo la sustancia espiritual de la obra. Los viejos espejos que recubrían las protuberancias de los versos, se habían empañado, y en su lugar se habían formado, allí donde brillaba su resplandor, agujeros negros.

“La muerte había alcanzado, sobre todo, lo que en otro tiempo hacía la novedad de ese libro: las imágenes, los adjetivos, las metáforas. Parecidos a esos insectos clavados con alfileres en las colecciones de los entomólogos, estaban allí como cadáveres multicolores. Así pues, no eran más que los adornos más frágiles, más perecederos de la obra literaria: mientras el poeta de ayer, con los pintarrajos que cubren su obra, se convierte al cabo de ocho días en un pobre diablo miserablemente vestido, Homero, que no tiene adjetivos, ni imágenes, ni metáforas, ni comparaciones, continúa cual una pirámide de cristal puro, devolviendo al sol los rayos solares.”

Los escritores de hoy llevan en sus diversas especialidades la nota de la época actual. Los poetas han abandonado la métrica cuantitativa por la silábica. Siguen las tendencias generales de las letras internacionales de hoy, pues sus predecesores turcos obedecían a influencias de escuelas ya pasadas. Desde luego, las plumas turcas de la escuela republicana, tienen que luchar contra la pobreza de su herencia literaria en lengua turca, ya que la depuración de ésta data de pocos años. Gracias a la campaña lingüística iniciada por Kemal Atatürk, a la creación en 1932 de la “Sociedad para el Estudio de la Lengua Turca”, a los congresos realizados, a la participación de especialistas y particulares en la búsqueda de equivalentes turcos, la fijación de la lengua turca entró en su fase definitiva. Por lo tanto, no puede compararse el mérito de un escritor inglés o francés, por ejemplo, con el de un turco, ya que los primeros tienen a su disposición y como guía, obras maestras en sus respectivos idiomas, mientras que éste debe ser algo así como un creador.

NOVELISTAS

Novelistas como Yakup Kadrí, nacido en 1888, honrarían la literatura de cualquier país por su cultura, su emotividad, su estilo y por la facilidad con que mueve sus personajes, netamente definidos, en ambientes de realidad nacional. Combatió el fanatismo exagerado que la ignorancia del pueblo permitía al clero islámico fomentar. Como se ha dicho antes, su novela *Nur Babá*, en que describe los ritos y las costumbres de la antiguamente poderosa secta Bektashí, es una obra admirable. Otras no menores se titulan: *El Vergel de los Iniciados*, 1922, una de las mejores producciones de la literatura turca; *Sodoma y Gomorra*, 1928, en que describe los padecimientos de la Estambul prisionera durante la ocupación interaliada; *El Extranjero*, 1932, nuevamente antifanática; en 1934 apareció su *Ankara*, donde celebra el triunfo revolucionario que significa la creación de la nueva capital.

Quisiéramos que en las páginas que hemos extraído de la famosa novela *Nur Babá*, pudiese el lector tener una impresión aproximada del valor literario de la misma. El sentido antifanático que es su fondo, provocó ataques contra su autor en 1922, año en que la publicó, ya que el clero era aún poderoso en Turquía.

Nur Babá es el superior de un tekké, convento de derviches, perteneciente a la secta Bektashí. Ésta admitía la participación de las mujeres y el uso del vino en su rito especial, ambas cosas prohibidas por la religión. El misticismo islámico no estaba ausente de los conventos, pero las órdenes monásticas tales como la de los “derviches aulladores”, la de los “danzantes” y la de los Bektashí, inspiradas en sus comienzos por un real misticismo, degeneraron en vulgares instrumentos para embaucar al vulgo. La Bektashí, en particular, era conocida por las desenfrenadas orgías a que se reducían las sesiones místicas. Los siguientes preceptos: “el amor carnal lleva a la pasión espiritual” y “todo es puro para los puros”, llevó a la secta a un bajo epicureísmo.

En la dervichería de Nur Babá muestra Yakup Kadrí con colores exactos, la mentalidad de las congregaciones y la vida en los tekkés. Nur Babá es el superior —murshit— de un tek-

ké. Es un libertino que ejerce un poder extraordinario sobre las mujeres. En esto tiene parte importante la aureola mística que rodea al Babá; el llamado del bektashismo a despreciar el mundo y abandonarse al amor... Posee incontables amantes, que escoge entre las afiliadas a la orden. Consigue seducir a Nigar, mujer de un diplomático turco, a la que hace ingresar en la orden. Veamos la escena de la iniciación:

“La mujer del Sheik, con una toalla bordada con oro, en el brazo, se acercó a Nigar y a mí para decirnos:

—Vamos, ya es tiempo. Haced vuestras abluciones. Vuestro Guía os espera.

Luego, volviéndose hacia el Sheik agregó:

—Erenler —santo, iniciado— todo está listo. Se podría comenzar.

Las abluciones Bektashí son singulares. A pesar de que el agua que se emplea moja mucho menos que en las abluciones ordinarias, son, al parecer, valaderas para toda la vida. Yo no sé en qué medida es esto verdad, pues nuestro Guía nos lo afirmó en un tono entre serio y burlón. Primero hizo Nigar sus abluciones. El Guía, mientras le vertía agua sobre las manos, le enseñaba la oración que es costumbre de recitar durante las abluciones. Era bastante sencilla y dicha en turco —Las abluciones musulmanas se recitan en árabe—. Así, al mojarse los oídos se decía: “los oídos permanecerán cerrados a los malos propósitos y chismes”; para los ojos: “los ojos harán como si no hubiesen visto lo que verán”, en cuanto a los pies: “los pies no se apartarán más del camino de Dios”. Nigar repetía esas fórmulas con voz temblorosa, atenta, como si se entregase a un acto serio, y tuvo verdaderos estremecimientos al verterse agua en los pies. Por mi parte, fué refunfuñando que me puse a la obra: “Qué es lo que me ocurre, me decía. Que el diablo arree con todos ustedes”.

Terminadas las abluciones, nos condujeron descalzos delante de la puerta del “Meydán”. Era una sala rectangular en el primer piso del tekké, cuyos muros estaban ornados con inscripciones rituales de la orden y el piso cubierto de pieles de carnero, blancas, negras y rojas, alineadas en círculo. El lado norte del meydán se reservaba al jefe, al Iniciador. Allí se encontraba un mármol blanco, esculpido en forma de tumba, que todos besaban después de haberse acercado con muestras de adoración y de respeto, y a los cuatro extremos del cual brillaban cirios, altos de un metro cada uno. Encima del mármol había un candelabro de plata de cuarenta velas, aun no encendidas. El Iniciador estaba sentado sobre sus rodillas en su piel de carnero, al lado de la pieza de mármol. Estaba tocado con un bonete ceñido por un turbante negro, y vestido con un amplio manto de sayal blanco. Había metido sus manos en las mangas, tenía los ojos cerrados y permanecía inmóvil como un muerto, y en

esa decoración religiosa parecía una imagen de algún dios asiático.

Primero entró su mujer. Las manos cruzadas sobre el pecho, se detenía bruscamente cada tres pasos, se inclinaba con rapidez y avanzaba de nuevo hacia el mármol blanco. Después se arrodilló, besó la imagen de la tumba y habiendo trazado de la misma manera un semicírculo hacia la izquierda, se arrodilló otra vez delante del Iniciador, luego se sentó sobre la piel de carnero que le estaba destinada.

Acto seguido los hombres entraron en fila. Nuestro Guía los precedía. Se entregó a un ceremonial aún más complicado: al entrar besó el umbral de la puerta, luego, mientras avanzaba, recitó a cada tres pasos fórmulas rituales en árabe, en turco y en persa y escuchó las respuestas del Iniciador. Prendió después las cuarenta velas del candelabro de plata mascullando oraciones, hecho lo cual se prosternó repetidas veces frente al Iniciador y salió luego a reculones. Le esperábamos, Nigar y yo, en la penumbra del corredor. Había ya una cincuentena de mujeres y hombres reunidos en la sala, sentados sobre pieles de carnero.

Nuestro Guía se me acercó con una cuerda blanca en la mano, con la que me ciñó el talle, luego el cuello, pasó un extremo alrededor de mi pulgar y guardó el otro en su mano. Así ligados el uno al otro, avanzamos titubeando hacia el umbral, donde mi Guía se detuvo para gritar con voz poderosa:

—¡Oh Llave de las Puertas!

A lo que el Iniciador respondió desde la sala con la frase ritual: ¡Entrad por la Puerta Sublime!

A esto, besamos ambos el umbral, y mi Guía me dijo al oído:

—Salta por encima.

Yo no había comprendido:

—¿Por encima de qué?

—Por encima del umbral, hijo, por encima del umbral, respondió el hombre que me tiraba por el cuello. Hice lo que me dijo. Habiendo recorrido parte de la sala, nos prosternamos del lado del Iniciador. Cuando llegamos a algunos pasos de éste, nos detuvimos bruscamente. Mi Guía recomenzó a recitar en alta voz sus fórmulas complicadas, las que por los nombres de los profetas de que estaban llenas, daban reminiscencias de historia sagrada. Fué hacia el final que comenzaron a hacerse inteligibles, y discerní frases como éstas:

—“Ha venido un ser, que no ve ni oye, un cordero recién nacido, atado y destinado al sacrificio. Quiere ser quemado en el altar de Hachí Bektash —fundador de la orden—. Sus ojos desean ver. aquí lo tienes, ¿lo aceptas? Lo pido, etc.” El cordero destinado al sacrificio era yo. El Iniciador repitió a los asistentes las últimas frases del Guía, y preguntó:

—¿Estáis seguros de la mano, de la lengua, de la sinceridad y de la fidelidad de este ser?

Los otros respondieron en coro: “¡Evyvalah Erenler!” — ;Por

Dios, iniciados!— seguido de una emocionante Glorificación. Y yo agaché involuntariamente la cabeza, como si realmente fuera conducido al sacrificio.

Mi conductor, tirándome dulcemente por el cuello, me llevó delante del Sheik. Me arrodillé y alargué el cuello —los Bektashí llaman a esto “entregar su cabeza”— y como me lo habían recomendado, tomé entre los dedos de mi mano derecha el faldón de la toga del Sheik y le tendí la mano izquierda, en forma que nuestros pulgares se tocasen. El hombre de negra barba se inclinó hacia mi oído con la cordialidad inquietante de los que tienen un secreto que comunicar. “Ahora, me dije, voy a conocer el secreto de los Bektashí y estuve a punto de sentir escalofríos de curiosidad. Pero no habían transcurrido cinco minutos, que sentí toda mi decepción. Cuando después de esta corta iniciación secreta me levanté delante del Sheik, no estaba provisto más que de un bonete de fieltro que me había sido colocado sobre la cabeza, y nada más.

No había sido penetrado de ninguna sabiduría nueva, aparte del sentido de algunas frases confusas que habían seguido a la iniciación secreta. “¡No vengas, no vengas! ¡No te vuelvas atrás, no te vuelvas atrás! El que viene trae sus bienes, el que se va deja la vida”.

¡Qué olor a chivo tienen esas pieles sagradas sobre las que uno se prosterna y que besa!... Verdaderamente, esta noche he cometido cosas muy insensatas”.

Después de la iniciación, abandona Nigar marido e hijos para ingresar en el tekké y entregarse a los brazos de Nur Babá. Seis años después:

“Era quizás la quinta vez que Nigar hanum —señora— llamaba desde la ventana al derviche Chinarí, sin conseguir hacerse oír.

El pobre derviche Chinarí estaba hecho un viejo; su oído se había endurecido, su cuerpo se encorbaba, su vista se acortaba. Su fisonomía, antes enigmática, no tenía ahora ninguna expresión. No hablaba con nadie, y cumplía en un silencio cada día mayor, el trabajo que antes hacía tarareando canciones o cantando “nefés” —himnos Bektashí.

La desgraciada Nigar hanum, desde hacía bastante tiempo, estaba completamente ronca. Lo atribuía a un resfrío inveterado, o a un desorden nervioso, convencida que su voz se aclararía pronto. Pero Nur Babá, que desde tiempo atrás había comenzado a abandonarla, no era de la misma opinión. Estaba persuadido que no sólo la voz de Nigar hanum sino también su cuerpo estaban irremediablemente gastados. A medida que aumentaba su edad le horrorizaban las mujeres que se alejaban de la juventud y su juicio sobre Nigar

hanum era bastante exagerado; no carecía de fundamento, sin embargo. No podía llamarse vieja a Nigar hanum, pues apenas acababa de entrar en los treinta y siete años. Pero la vida que llevaba desde hacía cinco o seis años, las prolongadas orgías continuadas durante veinticuatro horas seguidas, los interminables muhabet ¹⁾; el amor extenuante de Nur Babá, habían hecho declinar a la pobre antes de tiempo; eran mucho menos los años que esa manera de vivir, que habían quebrantado así su voz. ¿Quién podría resistir a tanto alcohol, a tanto cigarrillo, a tanta vociferación, a tanto insomnio?

Nigar hanum llamó una vez más al derviche Chinari con voz entrecortada, y súbitamente, como alguien que ha levantado un peso demasiado grande, la garganta contraída por la tos, la cara violácea, se abatió sobre el diván que estaba cerca de la ventana.

Hacía una semana que la nieta de Safá efendi ²⁾ estaba sola en el tekké con el derviche Chinari. El Babá, su mujer y todos los huéspedes del tekké, habían descendido a pasar enero, febrero y marzo, en casa de una de las queridas de Nur Babá, en Kadikoy ³⁾. Desde luego, habían insistido mucho para que Nigar hanum fuese también con ellos. Pero la sobrina de Zibá hanum, a pesar de todo, conservaba su orgullo. No encontraba, como los otros, tan natural el ir a instalarse en casa ajena; de haberlo hecho se hubiese enfermado moralmente, se hubiese creído rebajada al nivel de las Nurié y de las Atié. Pues lo que más temía en el mundo, era parecerse a esos dos parásitos del tekké, esa Atié hanum que en otro tiempo le traía, algunas veces, las cartas del Babá, esa Nurié hanum que era la escanciadora titular de las orgías. No se les hablaba más que cuando se las necesitaba. En otro momento su presencia parecía estorbar y a veces eran completamente olvidadas. Una con el rostro roído por los afeites, la otra, con su nariz hinchada por el alcohol, no inspiraban otros sentimientos que la repugnancia y la piedad.

Pero Nigar hanum, por su situación en el tekké, no se diferenciaba en nada de esas mujeres. Ellas también habían venido jóvenes, frescas y consideradas; se las mimaba y durante los muhabet se sentaban junto al Babá; habían perdido luego, poco a poco, su prestigio y habían caído en ese grado de decadencia. A pesar de todo Nigar hanum pretendía aún guardar su prestigio, ser deseada y amada. Y, sin duda, la nieta de Safá efendi podía considerar el tekké como su propia casa, puesto que si la dervichería de Nur Babá, que era sólo una ruina cuando ella vino a habitarla, se había transformado en el imponente konak —casa grande y lujosa— que se veía ahora, era gracias a Nigar hanum y a su fortuna. Todo lo que había en el tekké le pertenecía, hasta las alfombras de la sala de sesiones místicas.

- 1) Amor; nombre de las reuniones de los becashí.
- 2) Título honorífico.
- 3) Pueblo situado en Asia, frente a Estambul.

Nigar hanum conservaba, con su orgullo, todo su sentido práctico. Sin embargo, lo que la retenía desde hacía seis años en esa dervichería, no eran esos objetos de su propiedad, como el techo que los abrigaba, era una sonrisa, una palabra, una simple mirada del murshit.

Por él había dejado todo... ¿Dónde estarían ahora su marido, sus hijos, su madre? Cuando esta última había muerto, por culpa de ella, ¡qué largos días había pasado en la desesperación! Cuando sus hijos se fueron a reunirse con su padre, para no volver a verla nunca más, durante cuántas horas sus lágrimas habían corrido. Pero no bien Nur Babá la miraba en los ojos, quedaba como fascinada, y en el mismo instante olvidaba todo lo que concernía a su propia vida.

Sí, la nieta de Safá efendi había olvidado todo. No recordaba nada de su pasado. Se hubiera dicho que había vivido siempre allí, que había nacido y crecido. Los que seguían de lejos la decadencia de esta desgraciada mujer, decían que padecía uno de esos estados enfermizos que hace nacer el abuso del alcohol.

¿El alcohol? Sin embargo, bien que bebiese ahora enormemente, sus nervios no se adormecían lo más mínimo, ni su cabeza se mareaba. ¡Si le hubiese sido posible embriagarse, si sólo hubiese podido como en otros tiempos calmar sus nervios, perpetuamente crispados, con unas diez copas!

El derviche Chinarí se quejaba a veces de estar atacado de idéntico mal; es por eso que Nigar hanum y él se habían vuelto un par de amigos inseparables. Lo que fué para ella en su infancia la niñera que la llevaba continuamente sobre los hombros, era ahora el derviche Chinarí. En efecto, desde mucho tiempo antes, sentía placer en conversar, de vez en cuando, con ese ser medio consciente, medio extraviado. Pero en estos últimos tiempos era casi la única persona a quien dirigía la palabra en el tekké. Porque Chinarí le traía ciertas píldoras que apaciguaban al mismo tiempo todos sus males, daban a su espíritu visiones agradables y calmaban la perpetua irritación de su garganta. Cada vez que le daba de esas píldoras, parecidas a granos recogidos en el suelo, el derviche Chinarí no dejaba de agregar: “¡Sobre todo no las muestres a nadie! ¡Me cuesta mucho trabajo encontrarlas!” Según su consejo Nigar hanum las fumaba en sus cigarrillos mezclándolas con el tabaco, o las hacía disolver en el café y las absorbía sin que nadie la viera. Era precisamente por esa clase de píldoras que había llamado recién, con tanta insistencia a Chinarí. Desde hacía dos días estaba privada de la droga y sentía una imperiosa necesidad de ella.

Había perdido el apetito, sus nervios estaban tendidos al extremo, sus accesos de tos se habían hecho frecuentes, al punto que le impedían dormir en la noche. ¿La noche?... Pero las noches pasadas lejos de Nur Babá eran otros tantos lóbregos abismos, horrosos e insondables. Renunciando a llamar sin ser oída, Nigar hanum

se levantó y quiso ir cerca del derviche Chinari. Éste trabajaba aún en el mismo lugar, en medio de las coles. Se puso uno de los ropones de Nur Babá y salió al jardín. El tiempo estaba frío. Temblorosa, se envolvió en el delgado ropón y con sus pantuflas de lana sin talones, avanzó por el suelo lodoso. Se acercó a Chinari:

—¡Bueno, santo varón! Todavía estás en las nubes. ¿Qué pasa?

El viejo derviche, sin molestarse, levantó la cabeza y miró atentamente a la mujer que estaba a su lado, como si la viese por primera vez. Luego, siempre preocupado por su tarea comenzó a barbotar:

—Las coles están a punto... Con esas chiquitas se hacen conservas maravillosas... Por mi santo patrono...

—¡A ver! ¡Desde hace un rato me desgañito llamándote! Creí que te habías dormido.

—Si dijera que no he dormido, mentiría. Me puse en cuclillas y me alejé un poco de mí mismo.

—¡Con este frío! ¡Con esta humedad!

—El frío, el calor, ¿qué diferencia hacen para mi vieja piel? Sobre todo después de haberme tragado unos cuantos granos...

—A propósito, era por eso que te llamaba... ¿Trajiste hoy?

—Traje, pero no quedan más, más... Me tragué todo.

—¿Y entonces, me voy a quedar sin remedio?

El derviche Chinari se encogió de hombros sin responder nada. Nigar hanum miró a su alrededor con ojos desesperados, ojos tan cargados de kohol que, en ningún movimiento, dejaban un rincón blanco. Se hubiese dicho que eran dos carbones humosos, que dejaban a su alrededor una huella de hollín.

Nigar hanum, Nigar hanum, tú que hace seis años eras una blanca paloma, tú que no osabas mirar de frente al joven Machit, ¿qué eres ahora? ¿Qué significan esas ojeras alrededor de tus ojos, esas arrugas en tu frente, esos pliegues que descienden de las comisuras de tus labios? ¡Cómo están tus cabellos, desaliñados, enmarañados! ¿Ya no los peinas más? Pero es que su color ha cambiado también... ¿Qué mala tintura les aplicas para que su matiz sea tan desigual? ¡Tú que tenías cabellos flexibles como seda? Se parecen ahora a una crin mal rasquetada. ¡Y tus labios, cómo están extrañamente contraídos! Ese pliegue encantador que les dabas a veces, parecido hoy a la cicatriz de una vieja herida, los ha hecho desviarse de lado. ¿Estás enferma? ¿Por qué contraes así tus labios? ¿Por qué tuerces así tu boca? Pobre mujer, ¡cómo estás lamentable, en medio de ese tétrico paisaje invernal!

Bruscamente Nigar hanum, como si un resorte se hubiese roto en sus rodillas, se dejó caer al lado de Chinari. Los extremos del ropón con que se había envuelto, arrastraban en el lodo. El derviche Chinari, al volver la cabeza la miró de nuevo:

—¡Ten cuidado, estás ensuciando el ropón del Babá!

Nigar hanum se estremeció como si saliese de un sueño y recogió los faldones del ropón, luego suspiró profundamente.

—Sí, santo varón, dijo, hoy tengo esplín. ¿Si descendiese a Kadikoy?

El derviche Chinari se encogió de hombros como diciendo: “¡Haz lo que quieras!”. Se levantó y tomó en sus brazos las coles que había recogido; luego, sin decir palabra, se dirigió pesadamente hacia el tekké. La joven permaneció largo rato en medio de la huerta. Ese verdor de invierno bajo los árboles despojados insinuaba en el alma una extraña tristeza. A tal punto, que el mismo cementerio situado a la izquierda del jardín, no ofrecía un aspecto tan penoso. Nigar hanum volvió la cabeza y al posarse su mirada precisamente en esa dirección, pensó: “Cuando esté muerta reposaré allí”, con esa clase de consuelo que se experimenta al pensar en su lecho cuando no se ha dormido durante mucho tiempo. Se levantó lentamente y se dirigió hacia las estelas alineadas, demasiado blancas en ese melancólico día de invierno. La mayoría de las veces, en los días de esplín como éste, en que no sabía qué hacer, Nigar hanum ambulaba por el pequeño cementerio. Aquí enderezaba una estela caída, allí recubría de tierra una fosa que se abría. Arrancaba las malas hierbas demasiado invasoras y releía una vez más los epitafios, que ya sabía íntegramente de memoria. Gran parte de esas inscripciones se debían a la composición de Nur Babá, unas en verso otras en prosa. Pero en todas había un algo que recordaba sus maneras, su voz, su acento, su forma de hablar. Esta era la tumba de Piristu hanum, quien, antes de la iniciación de Nigar hanum, una noche que había sido maltratada por el Babá se arrojó por la ventana del tekké. Luego había vivido largo tiempo con ambas piernas lisiadas. En su testamento había expresado su deseo formal de ser enterrada allí... Sin duda la sobrina de Zibá hanum no había visto a esa mujer más que en los últimos tiempos de su vida, pero la quería más que a todas las que había conocido. Miraba a la gente con unos ojos húmedos, tan tiernos, tan dulces y amistosos...

Esa víctima del amor, que durante años había guardado silencio, a la venida de la muerte se había puesto a enviar noticia sobre noticia a Nur Babá y no refrenaba más sus lamentaciones y suspiros.

Por último el feliz ser entregó su alma a Dios, la mano en la mano del santo varón. Era por eso que Nur Babá había compuesto para su estela funeraria una larga y ardiente elegía.

Quizá era la centésima vez que Nigar hanum releía esa elegía. No era, sin duda, una obra maestra en su género, estaba llena de faltas de rima y de prosodia desde el comienzo hasta el fin. Pero para la nieta de Safá efendi era uno de los más bellos trozos de la literatura turca. Esa lectura la sumergía en un verdadero éxtasis y encontraba, particularmente, en las siguientes líneas, una sublimidad inigualable:

“Piristu era el huésped del jardín del corazón, una amiga de elección entre todas las almas. — Ella no se quedó, se fué, ¿quién sabe por qué? — El afortunado no es el que se queda, ciertamente, sino quien se va. — Pero ¡ay! ¿Por qué ocurre, oh muerte, — que jamás llegue ninguna nueva del que ha partido y que estemos ansiosos?”

Nigar hanum, después de haber errado entre muchas estelas, grandes o chicas, se detuvo un momento delante de la tumba de Al Hotuz Afifé hanum. Hacía tres años que había muerto durante una orgía sagrada. En los primeros tiempos, la sobrina de Zibá hanum no soportaba ni siquiera estar sentada cerca de esa mujer. Pero poco a poco se había acostumbrado tanto a ella que no podía pasar un solo día sin verla. Es verdad que Al Hotuz Afifé hanum la había ayudado, en todo lo que pudo, durante los primeros tiempos de sus relaciones con Nur Babá. Fué en casa de Al Hotuz Afifé hanum en Escútari, que había pasado su primera noche con él. ¡Ah!, esa primera noche de amor! En el mismo lugar otras noches habían sucedido a aquélla; y Afifé hanum había sofocado muchas habladurías, muchos rumores. Nur Babá había hecho grabar en su estela estas palabras:

“Aquí reposa Afifé bachí —hermana mayor, forma en que se llama a las afiliadas a las congregaciones de derviches— fiel servidora de la querida cofradía. Entregó su alma en esta venerable dervichería. ¡Oh Alí! —Los bektashí adoran al yerno de Mahoma como a un Dios— ¡Él es la realidad!”

Al lado de Afifé hanum reposaba la esposa de Nakip pashá. Era la vieja dama que durante muchos inviernos había albergado a Nur Babá en su konak de Escútari. Su tumba estaba rodeada de una verja de hierro y su estela, esculpida en el mejor de los mármoles, ostentaba un epitafio muy respetuoso. Nigar hanum no se detuvo mucho allí... Se aproximó a la tumba del coronel Hamdí bey, que estaba un poco más lejos... ¡Pobre Hamdí bey! De todos los hombres que frecuentaban el tekké, era a él a quien prefería. ¡Qué delicadeza disimulaba bajo una apariencia simple y grosera! ¡Qué ternura, qué cordialidad! Y luego, tenía maneras tan chuscas y decía palabras tan cómicas.

Nigar hanum veía en él al verdadero bektashí en toda la acepción de la palabra. Nunca se le había visto quejarse, irritarse o preocuparse por algo que le concerniese: “Hagan lo que hagan, agradeceré; suceda lo que suceda, estaré contento”. Había hecho de esto su regla de conducta. Había sufrido muchas afrentas en el tekké sin murmurar ni guardar rencor a nadie. Su dulzura y su calma llegaba a veces a exasperar. Los ojos de Nigar hanum se llenaron de lágrimas al recordar cómo lo sacudía a veces por los hombros gritándole: “¡Hamdí bey! ¡Hamdí bey! ¡Di algo! ¡Haz algo!; ¡Por amor de Dios!”... Pero él reía: “¡Eyvalah! —Por Dios,

en forma de resignación—; ¡Eyvalah! ¡No me quejo de nadie, hermanita... ¡Eyvalah!”

¡Eyvalah!... ¿No estaba ahí toda la filosofía del bektashismo? en forma de resignación—; ¡Eyvalah! ¡No me quejo de nadie, ¿No cabía toda en lo que implicaba esa simple palabra?... Posar la mano sobre su corazón, inclinar la cabeza, abandonarse a las delicias espirituales de la humillación, y ante las afrentas, los disgustos, la calumnia, el odio, decir solamente: “¡Eyvalah!; ¡Eyvalah!” ¿Todo el secreto de la cofradía consistía en otra cosa que en alcanzar ese grado de elevación? Nigar hanum consideraba cualquier otro estado de espíritu peligroso, funesto e insoportable. ¿Para qué agitarse por asuntos de amor propio, de dignidad, de honor?... Pobres seres, los que como su tía Zibá, pasan la vida en las convulsiones del orgullo; que no quieren amar sino ser amados; que son envidiosos, que gritan, que creen en las vanidades como en victorias y derrotas.

Nigar hanum se decía a sí misma: “¡Amar, amar eternamente! ¡Dar todo sin esperar nada!... No desesperar, no lamentar nada... ¡Amar eternamente!

Los que no habían aún penetrado este secreto, se asombraban de la paciencia y de la resignación de Nigar hanum. No podían comprender que mirase, como impasible espectadora, a Nur Babá cortejando a otras mujeres; creían que se había vuelto insensible, idiota.

Nigar hanum era un espíritu que había penetrado todos los secretos de la vida interior. A tal punto, que ahora sentía casi un placer continuo en el fuego interno que la devoraba y que mantenía en ella los tormentos que desgarraban su corazón. ¡Cuántas veces su compañero de juventud, Machít bey, le había enviado mensajes! ¡cuántas veces había intentado arrancarla del abismo en que había caído! ¡cuántas veces le había dicho: “Nigar, mi hermana mayor, estoy siempre donde me dejaste; estoy solo y te espero”! Pero Nigar hanum sabía que no encontraría ni felicidad ni salvación fuera de ese tormento y de ese envilecimiento, y se quedaba.

“Amar, decía, amar siempre... ¡A pesar de las afrentas, de los disgustos, las vejaciones, las calumnias, los rechazos, las burlas, amar!”

Pobre mujer con ojos cargados de hollín, eres la hermana de Huseín y de Mansur Halách —mártir místico ejecutado en Bagdad en 992—. Ser embriagado por el “Festín del Pacto Eterno” —alusión a un pasaje del Corán, Dios recordará a los hombres ese pacto el día del Juicio Final—, allí donde tu sangre ha corrido, nacen rosas, y un perfume de ámbar flota en el aire donde se han deshojado...

A pesar del ropón del Babá, Nigar hanum sintió que comenzaba a sentir frío. La tarde caía; no podía descifrar más los epítafios, y regresó lentamente al tekké.”

Nadie ni nada consigue arrancar a Nigar de la mística bektashí ni de la influencia del murshit.

Peyamí Safá, nacido en 1899, escritor de vasta cultura, se ha especializado en la novela de costumbres y psicológicas. Encara el problema de la occidentalización de su patria, la que no acepta en su totalidad, pues considera que las civilizaciones orientales tienen un fondo superior de espiritualismo, que Turquía debería conservar, y que al juntarlo con las enseñanzas de Occidente, su progreso y tecnicismo, podría crear una cultura nueva.

Sus novelas más interesantes son *Noveno Pabellón Exterior*, autobiográfica y dolorosa por sus estudios sobre psicología de los enfermos, y *Fatih-Harbié*, la crisis de una joven turca que oscila entre las dos civilizaciones. Esa joven es Nerimán, de una familia tradicionalista que habita cerca de la mezquita de Mehmet Fatih, el conquistador de la ciudad, es decir, el barrio típicamente turco de Estambul. Su novio Shinasí encarna el pasado oriental y Machít el futuro occidental. Traducimos un pasaje de *Fatih-Harbié* — dos barrios de Estambul:

“La tranquilidad, la sencillez de Shinasí que no había adoptado las malas costumbres de la época, le habían ganado el afecto del barrio.

Todos estaban convencidos que se casarían un día u otro, pero durante los últimos meses, los cambios que se producían en Nerimán comenzaron a llamar la atención de las personas que la rodeaban. Esa transformación, que no afectaba solamente a su manera de vestir, sino también a su conducta y forma de vivir, aparecía cada día más patente. Nerimán salía de paseo sin Shinasí, regresaba tarde a su casa; no miraba más a la gente del barrio de la misma manera; sus vestidos, su manera de andar, todo despertaba la curiosidad.

Esa transformación que todo el mundo observaba en Nerimán, había comenzado seis meses antes: el día en que conoció a Machít.

Hacía precisamente seis meses; era un día de primavera. Machít, que seguía un curso de violín en el Conservatorio, en la sesión de música europea, fué presentado a Nerimán por unos compañeros. Machít no siguió esos estudios más que durante un solo mes, luego abandonó la escuela. Pero le había bastado para estrechar amistad con Nerimán. De tiempo en tiempo se daban, en secreto, citas en Pera —barrio de Estambul habitado por extranjeros—. Durante seis meses acudió Nerimán a esas citas sin decir nada a Shinasí.

El cambio operado en la joven se había hecho visible desde que conoció a Machít, pero en realidad, su aspiración a una vida nueva no había comenzado en esa fecha; para encontrar el origen era preciso remontar mucho más arriba, hasta su infancia.

Como muchas pequeñas turcas, Nerimán había sido sometida a las influencias complejas de su familia y del medio ambiente; había recibido una educación en que se aliaban las tendencias opuestas de dos civilizaciones.

Su padre y su madre le habían dado una formación estrictamente oriental. Faiz bey, que había desempeñado distintas funciones administrativas en Anatolia, educó a su hija en centros puramente turcos. Pero, después de su instalación en Estambul, recibió Nerimán influencias distintas a las de su familia, sobre todo por parte del mayor de sus tíos. Éste, que egresaba de Galata Saray —liceo en que la mayor parte de los estudios se realizan en francés— y había terminado sus estudios en Europa, y también sus hijas, despertaron en Nerimán el atractivo de la vida occidental. Ese deseo, que la mayor parte del tiempo no advertía, crecía secretamente en el alma de Nerimán y encontraba alimento en las corrientes de modernización que atravesaban el país, pero no encontraba ninguna ocasión de llegar a ser consciente o de convertirse en una voluntad.

Después del tratado de Lausana, —por el que se reconoció la total independencia de Turquía, 1923— la modernización que la Turquía oficial había impuesto por textos de ley, había procurado el alimento más favorable al secreto deseo de Nerimán. Todas las sugerencias venidas de parientes, de compañeros, de la decoración de Estambul que se civilizaba, de los libros, de los grabados, del teatro, del cinematógrafo, encontraron una ayuda en la nueva legislación.

Todo esto no había desplazado enteramente del espíritu de Nerimán, la influencia de sus padres. La joven, presa de las sugerencias contradictorias de dos civilizaciones, atravesaba por una crisis interior.

Shinasí la había atraído más hacia el lado del pasado y de la tradición. Este era en todos sus aspectos un segundo Faiz bey, en más joven. Consiguió adormecer durante años la sed de novedades del espíritu de Nerimán, pero no fué sin fatiga.

Desde el día en que ésta conoció a Machít, la dificultad creció enormemente para Shinasí. Al no conocer la existencia de su rival luchaba sólo contra su influencia; Machít había agregado un tal peso en el platillo opuesto de la balanza, que el equilibrio estaba peligrosamente amenazado.

Ahora sabía Nerimán de dónde venía y a dónde iba, puesto que tenía bajo sus ojos la imagen de las dos tendencias opuestas y podía hacer la comparación. A sus ojos representaba Shinasí la familia, el barrio, los viejos tiempos, el Oriente; Machít encarnaba la novedad, el Occidente, y al mismo tiempo la misteriosa, la fascinante aventura.

Ambos jóvenes habían puesto en plena luz las dos faces del alma de Nerimán.”

Es la música turca la que en medio de la crisis por que atraviesa Nerimán, hace decidir a ésta por Shinasí.

Halidé Edip, de quien nos hemos ocupado ya en el período turánico y la guerra de la independencia, es la mejor escritora turca de todos los tiempos. Sus novelas se destacan entre las mejores que ha producido la prosa de su patria. Mezclada en la oposición contra Kemal Atatürk, debió abandonar Turquía junto con su marido el doctor Adnán, ex ministro en el gobierno revolucionario. De su novela “Vurun Kahpeié” — *¡A muerte, la arrastrada!* — aparecida en 1926 y que se desarrolla durante la guerra contra la invasión griega, damos un pasaje.

Una joven maestra de Estambul es enviada a un pueblo de Anatolia. Se enamora allí del capitán Tusún bey. Dos tipos centrales de la obra, el cura Hachí Fattah, fanático, y Uzún Huseín, que encarna el tipo del funcionario despótico otomano, traicionan la causa nacionalista, y hacen penetrar el ejército griego en el pueblo y se convierten en los incondicionales del jefe heleno. Éste gusta enormemente de la joven Aliyé, de lo que aprovecha ésta para hacer escapar a Tusún bey y poner presos al cura y a Uzún Huseín, que la persiguen con sus bajos deseos. Al abandonar el pueblo las fuerzas helenas y después de saquearlo e incendiarlo, Hachí Fattah y Uzún Huseín se erigen en vengadores de la ley sagrada y del honor nacional, que traicionaron; incitan al pueblo a dar muerte a Aliyé y a otras mujeres, a quienes acusan de haberse entregado a los invasores.

“¡ Antes de la entrada de nuestro ejército — exclamó el cura Hachí Fattah, — lavaréis aquí el honor de la Ley, levantaréis de nuevo su dignidad y su nombre! Para empezar limpiaréis el pueblo de todas las arrastradas que han vendido su honor a los griegos. Las ejecutaréis en la plaza de la Gran Mezquita, delante de la casa de Dios. No dejaréis libre de castigo a ninguna de esas arrastradas que han traicionado al Islam y al honor musulmán”.

Mientras algunos partían, sin jefes, a recibir al ejército, Hachí — nombre dado a los que han realizado el peregrinaje a la Meca— Fattah efendi arrastraba con sus discursos inflamados a la muchez-

dumbre a buscar a las “arrastradas”, y se puso a la cabeza de los que iban a realizar ese deber sagrado.

Como llamaban a la oración de la mañana, los tres compañeros de Aliyé se despertaron al mismo tiempo. Ella no había recobrado el conocimiento, y la fiebre que aquellas terribles horas encendieron en sus venas, como olas púrpuras, rompían sobre su rostro pálido. Al abrir los ojos, los tres se acercaron a su lado y contemplaron su querido rostro. Sus labios secos se movían sin cesar; los párpados hundidos, aun más bajo la franja de seda negra de las cejas, se agitaban sin descanso.

¿Qué decía? Los oídos amigos que se acercaban a Aliyé, sentían mezclarse al llamado a la oración y a los cantos interminables de los gallos, lejanos y profundos gritos de “¡Dios es Grande!” y acercarse el rumor de pasos y de voces desconocidas. A la gravedad de esos “¡Dios es Grande!” todos comprendieron de pronto. Les parecía respirar una atmósfera de fiesta de sacrificios, sentir olor a sangre. En ese momento los labios delirantes balbucearon: “Vuestra tierra es mi tierra... Seré para vuestros hijos una luz... Atesto a Dios... No temeré nada”. (Juramento hecho por ella al llegar a la aldea).

Pero en el momento en que comenzaba la tragedia, la fiebre la despertó y, a pesar de ese bello juramento, un terror que no olvidarían jamás los tres seres que dejaba tras ella, atravesó sus bellos ojos. Aliyé era la primera de esas traidoras que Hachí Fattah efendi sacrificaba en el altar de la Ley Sagrada y que Uzún Huseín efendi hacía despedazar en nombre de la nación.

Persuadido por esas palabras de religión y de patria, el pueblo se había prometido no dejar ni un átomo de carne ni de hueso a esa arrastrada de Estambul a quien se había visto la noche pasada en el estado mayor del comandante griego. El primer resplandor que se deslizó, descolorido y trémulo, a través de la oscuridad prensada, vió, en la plaza de la aldea, a la sombra de la mezquita blanca, al pueblo blandiendo brazos, puños y palos con infernal frenesí para despedazar valientemente a las dos mujeres que habían tenido relaciones con el comandante griego. Todo el horizonte de la aldea resonaba con dos gritos unidos en forma sacrílega pero embargadora.

—¡A muerte la arrastrada!... ¡A muerte la arrastrada!...

—¡Dios es grande!... ¡Dios es grande!...

Cuando la arrancaron de casa de Durmush sintió Aliyé, en todo su cuerpo, que era presa, tangiblemente, de la irresistible potencia del terror. Su rostro quemado por la fiebre había tomado un color cadavérico, gotas de sudor frío fluían de sus sienes, de alrededor de sus labios violáceos; sus rodillas vacilaban como desarticuladas. Al oír la voz tonante de Hachí Fattah efendi, al ver las miradas irreconocibles de la muchedumbre, cerró sus grandes ojos violeta y perdió el conocimiento. La fuerza de una codicia en que desde

mucho tiempo se acumulaban el deseo, la rabia, la locura, estalló súbitamente y Uzún Huseín efendi dirigía en nombre de la nación la ejecución de ese crimen, que ordenaba en nombre de la moral y de la religión Hachí Fattah efendi. Aliyé reabrió los ojos al sentir sobre su rostro la pálida y repugnante cara de Uzún Huseín efendi, su aliento malsano sobre sus orejas, sus manos sucias y secas que desgarraban su velo de cabeza y su manto.

De pronto, en medio de su terror, se levantaron las olas de una poderosa rebelión, y la fuerza sagrada que hace a todo oprimido superior a su opresor, a todo mártir superior a sus verdugos, levantó también su débil corazón. Un poco más lejos, una mujer que ella conocía estaba a punto de morir; su último hálito subía y descendía, en medio de oleadas de sangre, a través de su garganta acuchillada; un hombre vigoroso se encarnizaba con un palo sobre ese cuerpo hecho papilla por los golpes. Ante ese espectáculo comprendió que se la había acusado al pueblo de ser una arrastrada condenada al mismo destino, una pecadora que había tenido trato carnal con los infieles. Con toda su voz, con una fuerza de convicción que la aldea no olvidó jamás, exclamó:

—¿Cómo pueden ustedes matarme por la fe de estos traidores que ayer estaban con el comandante griego y eran los opresores de la población? ¿No fueron ellos los que hicieron que los griegos vinieran a la aldea? ¿No fueron ellos los que hicieron desterrar a mi padre Omer efendi, por partidario del ejército nacional? ¿No es a mí, es a Hachí Fattah efendi y a Uzán Huseín que debe matarse!

Hachí Fattah efendi y Uzún Huseín efendi, al sentir en la voz y en los bellos ojos de Aliyé, que los acusaba, un peligro para su propia piel, y al agregarse el miedo a su cólera y a su sed de venganza, les hizo aún más repelentes e impresionantes.

—¿Dejan aun hablar a esa arrastrada? Anoche salió de los brazos de Damianos. Anoche nos hizo mandar a la prisión. Una mujer que se divertía con los oficiales griegos, que pisoteaba su religión y su patria... ¿No la dejen hablar! El que la escuche es un impío. Mátenla, a la arrastrada, mátenla. Muélanla. Arranquen sus cabellos malditos que han hecho perder la cabeza a los hombres. ¡Peguen! ¡Peguen!

Mientras aquellos hombres, enloquecidos por el furor contagioso de Uzún Huseín efendi, convertidos en bestias por la fealdad de sus deseos, laceraban a Aliyé de la manera más atroz y más repugnante, alguien, que permanecía apartado de la muchedumbre, la reconoció. Era uno de aquellos que le habían enviado sus mujeres para que ella intercediese ante el capitán Tusún bey. Gritó:

—No la toquen, ella es la que espiaba a Damianos, es la hija de Omer efendi. No crean la palabra de Hachí Fattah ni de Huseín. ¡Matemos primero a esos cerdos!

La muchedumbre se dividió en dos campos. Pero Aliyé había

perdido el sentido por completo. Su sangre chorreaba de su frente, de su cuello, de sus hombros, de todo su cuerpo desnudo, acardenalado y violáceo. Se acercaba a las fronteras de la muerte, en que ninguna cólera, ninguna opresión podría perseguirla. En ese supremo minuto su espíritu recordaba, por claridades quedadas en su memoria, el más bello momento de su vida, la noche en que había atravesado esa misma plaza para ir a escuchar el mevlut. —Oración dedicada al Profeta—. En medio del humo que se elevaba de la araña de la mezquita, de las luces temblorosas que caían de las velas, creía sentir la hermosa voz del derviche de rostro místico hacerse eco de una eterna piedad. En ese instante en que se mezclaban los sueños de mil y una vidas, el Hachí efendi la había extendido en medio de la mezquita y quería degollarla. Era la Fiesta de los Sacrificios y el pueblo al unísono proclamaba: “¡Dios es grande!”, para hacer que fuese favorable el degüello de Aliyé, cuya cabeza había sido arrimada a un hoyo en medio de las luces de ensueño de la mezquita. Su cuerpo se había vuelto un pequeño cordero... Cuando ella era chica su padre había, una vez, degollado la víctima de la fiesta, y fué el cordero de ella la víctima. Después de la mezquita volvía a ver el jardincito húmedo de su infancia.

Una parte del pueblo gritaba: ¡Es un cordero! Sería una lástima degollarlo...

Pero la otra, con gritos espantosos, respondía:

—¡Degüellen, degüellen! ¡Por la nación, por los pecados de la aldea!

Finalmente, en el momento en que cesaban el tormento y los padecimientos del martirio impuesto, el alma virgen de Aliyé, llevada por el aleteo y la caricia de las alas de un gran pájaro blanco, —alusión mística— se elevó de su cuerpo, que no era más que una papilla de carnes destrozadas.

“Vuestra tierra es mi tierra. Vuestra casa es mi casa. Para este país, para estos niños, seré una luz. No temeré nada... ¡Lo atestigo en el nombre de Dios!”

Cuando Aliyé realizaba este pensamiento, todas las mujeres que en el correr de las edades han padecido y muerto por su país, miraban a la mártir con un fulgor sagrado en sus ojos inmortales y con una sonrisa de victoria en los labios, que los siglos no han podido borrar”.

Entre los novelistas más destacados pueden citarse valores indiscutibles tales como Aká Gunduz, nacido en 1884, autor de obras vigorosas, desbordantes de emoción patriótica. Sus últimas novelas están consagradas a la epopeya kemalista. Como ninguno, ha sentido la voluntad del pueblo por libertar el suelo turco. Es por eso que su obra merece toda la admiración que la juventud siente por él, a pesar de las críticas que

se han hecho sobre la irregularidad de su estilo. Para dar una idea de la fuerza de su pluma, citaremos algunos párrafos suyos que se refieren a un episodio de la guerra de la independencia, el transporte de municiones hacia el frente. Tarea ésta que tomó el pueblo en sus manos, en especial las mujeres.

Una larga fila de kagníes — carros de dos ruedas tirados por búfalos — cargados de municiones, se mueve lentamente en la oscuridad; la joven Ayshé, sobre uno de ellos canta un aire melancólico.

“¡Dios guarde el rechinar de estos kagníes! ¡Qué sonido mágico es éste! ¡Qué voz, más potente aun que la voz divina ha de ser para levantar a todas las mujeres de una nación, a pesar de sus amores y de sus enamorados! ¿Te lo diré, Omer? Estos kagníes tienen un alma, un corazón, un cerebro, ojos, lengua. No podría ser de otra manera. Una “Marsellesa” condujo un puñado de hombres del sur al norte. Un “Deutschland über alles” hizo diezmar masas humanas. Pero escucha este rechino, es el canto que conduce trece millones de hombres a la vida... Omer, me parece oír los ecos de ese canto del otro lado mismo de la historia. Escucha ese rechino”.

Quizá el más popular de los novelistas es Reshat Nurí. La lectura de sus obras, escritas en lengua clara y prosa fluyente, es la preferida por el gran público. Entre otras, su novela: *Chalí Kushú*, 1922, obtuvo un marcado éxito, así como sus colecciones de novelas cortas, *El Huésped Enviado por Dios*, por ejemplo. Es un profundo conocedor de la literatura francesa, de la que sigue las tendencias.

De su célebre *Chalí Kushú — El Abadejo —*, hemos tomado unas escenas en que dentro de un marco esencialmente turco, se mueve la heroína, que todo lo largo de la obra guarda su atrayente y definida personalidad. Se trata de una joven de buena familia, Feridé, apodada el Abadejo, que por disgustos sentimentales acepta un puesto de maestra en una lejana aldea anatoliana. La escena se desarrolla en el primer día de su llegada a la vetusta escuela:

“—Mi buena Hatiché hanum, ¿quisieras abrir una de estas ventanas? —le dije—.

La vieja abrió con gran trabajo uno de los postigos, y a mí se me puso repentinamente la carne de gallina. Tenía ante mí el tétrico espectáculo de un cementerio. En la cima de los cipreses se

estremecían los últimos resplandores de la tarde; piedras sepulcrales se alineaban... Más abajo, en el pantano, se veía el reflejo empañado de los charcos.

Oí que la vieja exhalaba un suspiro profundo. Me dijo con tono grave: “Hay que habituarse mientras se está con vida, hija mía. Ahí iremos todos”.

¿Lo decía por casualidad? ¿O sin darme cuenta había dejado ver demasiada inquietud? No sabía... De todas maneras, sentí que debía dominarme, mostrarme valiente... Le dije en un tono casi resuelto.

—¡Ah! Hay aquí un cementerio. No sabía.

—Sí, hija mía, es el cementerio de los Zeiní... Esto se remonta a tiempos antiguos... Ahora entierran los muertos en otro lugar. Yo, bueno, me voy a encender el farol de Zeiní babá... Vuelvo en seguida.

—¿Quién es ese Zeynı́ babá, Hatiché hanum?

—¡Que se sirva protegernos!; es un santo varón... Reposo bajo el ciprés, aquí al lado. Balbuciendo oraciones a media voz, Hatiché hanum avanzó hacia la escalera. Creo que hasta ese momento no tuve miedo de nada. Pero en ese minuto, la idea de quedar sola en esa pieza oscura me dió un pavor irracional. Corrí tras la vieja:

—¿No podría ir yo también?, le dije.

—Ven, mi hija, vale más así. Al ir desde tu llegada, tu oración le será más agradable.

Salimos al cementerio por la puerta trasera de la escuela y comenzamos a caminar entre las tumbas. A veces, en las vigiliass del Ramazán —mes sagrado dedicado al ayuno— o del Bayram —fiestas con que termina el Ramazán— mis tías me llevaban a la tumba de mi abuela en Eyup. —El más conocido y pintoresco de los cementerios de Estambul.— Pero fué en ese sombrío cementerio de los Zeynı́ que sentí por primera vez la horrible cosa que es la muerte; las piedras sepulcrales eran de una clase distinta a las que yo conocía, alineadas como filas de soldados, altas, derechas todas y ennegrecidas. Los epitafios eran ilegibles. Sólo podía distinguirse en la parte superior, en grandes caracteres, la invocación: “¡Ya Rabbı́!” — ¡Oh Señor!

Cuando era pequeña había oído contar la historia de un ejército de otro tiempo, que venía de muy lejos, por detrás de una montaña, a raptar no recuerdo qué pequeña sultana. Los soldados se escondían durante el día en cavernas, y, para no ser vistos al avanzar de noche, se envolvían completamente en mortajas negras... La noche misma que iban a penetrar en el país de la pequeña sultana, tuvo Dios compasión de ella y convirtió en piedras a ese ejército de espectros tenebrosos.

Al mirar todas esas piedras negras me acordé de ese cuento y

creí encontrarme en el país de leyenda en que ese pavoroso ejército de fantasmas fué convertido en piedras.

—¿Quiénes eran esos Zeyní, Hatiché hanum?

—No sé más que tú, mi hija... La aldea les perteneció en un tiempo. Ahora no queda de ellos más que el cementerio. Eran santos. (¡Puedan ellos acordarnos su intercesión!...) Zeyní babá era el más grande... Conozco una mujer paralítica que trajeron en vilo varias personas y que regresó por sus propias piernas.

El mausoleo de Zeyní babá estaba en el fondo del jardín, al pie de un enorme ciprés. Hatiché hanum encendía todas las tardes tres lamparillas. Una en las ramas del ciprés, otra en la parte interior de la puerta y la tercera a la cabeza de la tumba. El mausoleo era una cueva hundida en el suelo. Zeyní babá había pasado allí seis años en retiro, sin ver la luz del sol. Cuando murió nadie quiso poner la mano sobre ese cuerpo bendito... Le pusieron encima una tumba.

Hatiché hanum había encendido dos de las lamparillas, y al mostrarme la escalera que descendía, me dijo:

—Vamos, hija, entremos.

No me atrevía a poner los pies en esos escalones. La vieja, volviéndose, repitió:

—¡Vamos, hija! Después de haber venido hasta aquí sería un pecado no entrar. Pide a Zeyní babá todo lo que desees.

Mi corazón temblaba como hoja de otoño, mientras descendía. Si los muertos que ponen en la tumba son aún capaces de sentir algo, debe ser lo que yo experimenté entonces. Un olor de tierra fría y húmeda penetraba en mis pulmones. Habían revestido la tumba de Zeyní babá, a manera de ropaje, con una chapa de zinc pintada de verde. Como me lo explicó más tarde Hatiché hanum, Zeyní babá, que había pasado toda su vida en las austeridades y las privaciones, no quiso tampoco después de muerto, telas ornamentadas... — En las tumbas turcas, en bóvedas, se cubren los sarcófagos con telas bordadas con versículos del Corán. — Las que le ofrecían no duraban una semana. Se pudrían y caían a jirones. Sin dejar de musitar oraciones, encendió la vieja la lamparilla que estaba a la cabeza del santo, luego se volvió hacia mí:

—Cuando alguien muere en el pueblo, Azrael (¡Que la paz le acompañe!) viene primero a visitar a Zeyní babá y apaga él mismo esta luz... Ahora, hija, expone tu ruego a Zeyní babá.

Tería las rodillas rotas y no me sentía con fuerzas de seguir parada. Apoyé la frente afiebrada sobre el metal frío que cubría la tumba y dije bajo, menos de los labios que del fondo de mi corazón dolorido:

“Zeyní babá, padrecito, soy un pequeño abadejo que no sabe nada. Ignoro los términos en que se debe implorarte... Perdóname... Me han dicho que has hecho penitencia aquí durante siete años sin ver el día. ¿Quién sabe si tú también huías de la tiranía

y de la mala fe de los hombres?... Padrecito, te voy a pedir un gran favor... Durante esos seis años ha habido, seguramente, momentos en que echabas de menos el día y el aire libre. Dame un poco de la paciencia soberana que te permitió soportar la amargura de esos minutos, para que, sin gemir, sin quejarme, cumpla yo también mi penitencia."

Mahmut Yesarí se cuenta también entre los mejores novelistas, pinta personajes y ambientes típicos de Anatolia, así como la vida en los bajo fondos de Estambul y otros aspectos psicológicos de la vida turca actual, en una prosa elegante. Sadrí Ertem, joven escritor justamente estimado, escribe novelas de carácter social, como por ejemplo: *Había una Vez*, que es una sátira contra el imperialismo.

Refik Halít es un estilista, sus novelas cortas han merecido las mejores críticas, sin embargo no se le puede hacer un lugar entre los escritores de la revolución puesto que no perteneció a ella, sostuvo la causa del sultán. Sus relatos tienen un carácter ajeno a los ideales de la pléyade de escritores que nos ocupa. Omer Seyfettín, que hemos visto ya en el movimiento nacionalizador del idioma desde la revista *Gench Kalemler — Plumas Jóvenes —* de la que fué director, no ha dejado de luchar en ese sentido, por lo que mucho se le debe en el perfeccionamiento de aquél. Su novela *Bomba* ha sido considerada por críticos calificados, como una de las obras maestras de la literatura nacional.

Fazíl Ahmet y Erchument Ekrem son dos humoristas de primer plano. El primero ha satirizado los fanáticos y todos aquellos cuyos principios y mentalidad les impiden aplaudir la obra civilizadora de occidentalización. El humorismo es su especialidad, pero su prosa seria es apreciada.

La riqueza folklórica de Turquía, que contribuye en buena parte al desarrollo de la literatura nacional, tiene en Yusuf Ziá Demirchíoglu un investigador incansable, ha viajado detenidamente por Anatolia y tomando abundante material que le ha servido para publicar varias obras sobre la vida rústica en la lengua turca más pura, en que las palabras y modismos de los campesinos entran en una buena parte. Mehmet Fuat Képrulú, historiador y lingüista, ha hecho estudios de gran valor sobre la literatura popular.

ENSAYISTAS

Uno de los géneros literarios que más tardaron en ser cultivados en Turquía fué el ensayo. Entre los primeros que lo adoptaron está el originalísimo escritor, poeta y polemista Falih Rifkí Atay, uno de los intelectuales más sólidos de Turquía. Estuvo siempre a la vanguardia de los escritores de los períodos inmediatos anteriores a la revolución, pero desde que ésta tomó forma declaróse un servidor convencido de la causa nacionalista. El espíritu de su producción literaria, la lengua empleada, todo refleja la fe revolucionaria que le anima. Sus notas de viajes por Italia, Gran Bretaña, Albania, Rusia, Brasil y otros países que ha visitado y estudiado, pueden colocarse entre los mejores trozos de la literatura turca. Su libro *En las orillas del Támesis*, 1934, es su obra maestra. El estilo de Falih Rifkí Atay, muy original, su sentido artístico, la facilidad en concentrar en pocas líneas coloreadas figuras e ideas concisas, hacen de él un ensayista de primer orden, en Turquía y en cualquier parte.

El siguiente ensayo muestra su estilo y es interesante por el cristal oriental con que mira Occidente. Los occidentales han dicho mucho sobre Oriente y lo falso ha abundado; Falih Rifkí habla de Occidente con precisión de psicólogo.

REGENT PARK

“Al atravesar un parque, detuvimos hoy nuestro automóvil.

Unos corzos vinieron corriendo hasta nosotros; pasaron su cabeza por sobre la portezuela: eran más mansos que un gato de Oriente, más domesticados que un perro. Me habían dicho que en el parque los mismos leones vivían en un estado de semilibertad. Después de haber visto el territorial doméstico, no me asombraría más el ver a un tigre siguiendo a un niño.

Ningún orador comunista puede conducir a una banda de hambrientos a cometer actos de salvajismo en las calles de Londres. Pero un hombre que golpea a un perro puede ser linchado como un negro en Chicago.

Me ha ocurrido a menudo el detenerme delante del comercio de un vendedor de perros, y hacer esta reflexión:

—Si estos ingleses pudieran tener tanta simpatía por los

egipcios como tienen por los camellos de Egipto y sus propios perros, para los indios como para los elefantes de la India y sus propios caballos... Egipto sería de un extremo al otro un paraíso como el país de Gales y la India un sueño como Escocia...

El inglés, que se entristece por el hecho de que un perro no tenga collar o cinta al pescuezo, no piensa en los pies descalzos de doce millones de *felahs* —labradores o campesinos egipcios—, más que cuando calcula el precio de costo del algodón.

Pero es sobre todo en el Regent Park que deben completarse las observaciones.

Me agrada vagar, en las mañanas, del lado del jardín zoológico. Allí es menos posible enfurecer a un lobo que asustar a un pájaro. Los canarios se entretienen en saltar sobre las melenas de los leones. Un pelícano, al borde del pequeño río, se detiene delante de una joven inglesa y se deja fotografiar.

Los chicos del barrio ya son amigos del viejo chimpancé. Cuando estuve allí, su compañera enferma había sido transportada a la clínica y se deploraba su ausencia.

Aquí se siente el deseo de hablar con el crustáceo del acuario, de llevarse a casa el pato salvaje y de enroscar la serpiente en el cuello de su mujer o de su hija.

Había visto en una cinta de actualidades un pez al que habían acostumbrado a dejarse acariciar. Como un perro tendía el lomo a la mano de su amo. En una plazoleta del parque, hay un dromedario y un elefante que se colocan bajo una especie de puente, desde el que los niños se instalan en los lomos de aquéllos. Después de una vuelta, vuelve el elefante bajo el puente y se detiene algunos instantes. Si hay nuevos paseantes recomienza sus vueltas. Niños muy pequeños, alineados en el camino por el que pasa el elefante, le presentan objetos y se divierten al ver cómo estira su trompa sin descanso, y toma los objetos que le tienden. Recuerdo nuestra infancia, pasada en las calesitas, los asnos de las fiestas del Bayram y los petizos.

Esta infancia, que crece en medio de manadas de elefantes, de jorobas de camellos y de melenas de leones, recibe una educación de príncipes de los antiguos emperadores otomanos, cuyas cunas se mecían en medio de espadas y de arcos. La foca es el más pequeño animal marino con el que se familiariza. En la noche, al volver a su casa, lleva aún en el oído la voz del rinoceronte; ve en su imaginación desgredadas melenas de leones, una joroba que sube y baja; la trompa encorvarse, y su extremidad color de sangre abrirse ante sus ojos como la mano cubierta de llagas del mendigo indio.

Ese lugar también es una jungla, una jungla que tiembla del terror que inspiran los bípedos, y uno se pregunta si esas jaulas de hierro son verdaderamente una protección contra ellos.

El joven gigante castaño perseguía, como a bandadas de patos, las flotas de los conquistadores, en Trafalgar, en Abukir, en Nava-

rino y hasta en Jutlandia. Los siete océanos enganchados a su isla le han llevado entre espuma, de continente en continente”.

Rushén Eshré Unaydín se mueve con toda comodidad en este género literario; es un sensitivo que en sus evocadoras colecciones de ensayos: *Separaciones*, 1913, y *Días pasados*, 1924, ha dejado reflejados, con sutileza, la Estambul pintoresca desaparecida. Con todo el entusiasmo de su juventud, tenía 27 años al comenzar la gesta kemalista, cooperó en ésta sin restricciones. De Ataturk, de quien fué secretario, publicó en 1929 un libro de comentarios sobre las palabras de aquél, *Gota a gota*, y un año más tarde *Conversaciones con el Vencedor de Anafarta*.

Al ensayo que puede leerse a continuación sobraría cualquier comentario:

A LA SULEYMANIÉ (*La mezquita de Suleymán el Magnífico, obra del arquitecto Sinán, siglo XVI*).

“La Suleymanié constituía a sus ojos la cumbre de nuestra arquitectura. Se convenció una vez más al regresar a Estambul por el mar de Mármara, después de un viaje de varios meses por el Mediterráneo. El sol de la tarde estaba ya detrás de la cima que se llama Suleymanié. La mezquita había tomado el aspecto de una sombra inmensa en medio de la luz que la envolvía sobre el oro centelleante del mar. Aparecía así como una roca milagrosa surgida de las olas. Y la cúpula, rodeada de cuatro lanzas que la guardan, se asemeja a un casco posado sobre ese bloque.

Ese día, la admiración que sentía por el arquitecto que había dotado a Estambul del espécimen más majestuoso del arte turco, se había mudado en un verdadero culto. Realizó numerosos peregrinajes a las obras con que el arquitecto había sembrado, uno tras otro, los barrios de Estambul. Reverenció una vez más esa variedad de su genio. Sinán, a quien se puede colocar entre los raros hombres que han embellecido el mundo, era verdaderamente el “Padre”. Los monumentos con que había decorado un inmenso territorio eran las búsquedas, los bosquejos de la obra maestra definitiva que sería la Suleymanié. Cantó el sentido espiritual y material de la gloria turca en un himno inmortal de mármol entre el azul del cielo y el azul del mar. Los bloques de mármol se animaban bajo sus manos, como palabras. Ha extraído de ellos significados insospechados; la luz y el sonido le sirvieron dócilmente. Por aberturas sabiamente calculadas, derramaba olas espirituales por los muros. A las masas más poderosas les prestaba una apariencia fugitiva de ensueño. Las

columnas se volvían sensibles y vibrantes como instrumentos de música.

A medida que multiplicaba sus peregrinaciones, las particularidades de la arquitectura de la Suleymanié lo penetraban más y más profundamente; la iniciación al misterio de ese genio, su intimidad creciente, le representaban una profunda alegría. Se decía:

¿Al construir la Suleymanié habrá pensado Sinán en el número 3, que el cuerpo de Jenízaros consideraba sagrado? Así, por ejemplo, la fachada oeste de la mezquita comprendía tres pisos: la muralla de base, luego una serie de semicúpulas y más arriba la cúpula central. La muralla está igualmente dividida en tres partes. A sus dos extremidades se encuentran dos puertas simétricas con tres columnas, tres arcos y tres cúpulas cada una. Las columnas y los arcos de las columnatas exteriores están igualmente en número de tres. Entre las columnas centrales se encuentran tres ventanas precedidas de tres cúpulas laterales. Esa simetría, a medida que asciende, se muda en arcos, en ventanas y en cúpulas. Los lienzos de pared que suben hacia la cúpula forman tres arcos etéreos. Aquellos de los arcos, de las cúpulas y de las ventanas que se acercan más al centro, son mayores que los otros. Un sentido absoluto de la simetría equilibra ese sentido magnífico de la majestad.

Luego, al levantar la cortina del portal a la hora en que nadie se encontraba en el templo, se abismaba en el océano de sombra, donde algunos instantes más tarde sus ojos comenzaban a discernir uno a uno los tesoros que encierra: inscripciones caligráficas, vidrieras, nácares, marfiles, trabajos en carey, alfombras, tallas en madera, mármoles cincelados, cerámicas, estalactitas. Las semicúpulas se colocan por gradas como capas de humo y finalmente la cúpula central, suspendida allá arriba como un anillo de luz.

Esa luz era el milagro que el arquitecto había producido en el interior del edificio. Era una luz cálida, hecha de alegría y de melancolía, que se bañaba en el azul eterno de las cerámicas de Kutahya¹⁾ y el centellear de las vidrieras.

Esa mezquita, expresión definitiva de la filosofía de la arquitectura, hablaba también de toda la poesía contenida en el alma del Arquitecto. Recordaba el relato hecho en el *Tezkeretül Bunyan*, sobre el transporte de las cuatro columnas de pórfido, por cuyo éxito fueron inmolados carneros. Y hacia el final de la tarde, ese templo en que un pensamiento tan abstracto se había expresado en mármol, la distribución de la materia tomaba aún mayor majestad. Como lo dice tan bien Hamdulah Suphí, que ha sentido con el cora-

1) Famosa fábrica de cerámica.

zón más noble todas las bellezas turcas: “la mezquita descendía en ondas sucesivas de la cúpula a la base, con la magnificencia de una pirámide”. Y esa belleza lo penetraba aún más profundamente, más dolorosamente en esos días en que la cúpula de la Patria amenazaba hundirse, en que ésta misma esperaba nuevos constructores.

Y esa nación que había creado esos milagros, uno de los cuales era precisamente ese edificio sin par, se encontraba hoy sola frente a los ataques que venían de todas partes:

“¡Envíanos! —gritó en un llamado conmovedor a la Providencia— ¡Envíanos lo que esperamos! Y que la Patria vuelva a ser edificada de nuevo; que la Patria Turca, obra de genios y de valientes, sea nuevamente lo que fué”. Y una inmensa esperanza, un magnífico orgullo, inundaron de pronto su alma. Pues ese milagro de mármol hablaba de la fuerza, la energía, la potencia inmortal de los turcos”.

Ahmet Hashím, del que ya se ha hablado en el período de la “Aurora del Porvenir”, debe volverse a citar entre los ensayistas como un genial artista. Parte de sus ensayos fueron reunidos en un volumen que lleva por título *El Asilo de las Cigüeñas*. A pesar de que su espíritu se rehusaba a descender de su mundo impreciso plateado por la luna, no pudo menos que seguir en la realidad la conmoción de su patria; escribió sobre Ataturk frases inolvidables, profundamente sinceras. Otros ensayistas que se destacan en el primer plano son: el poeta Nechip Fazíl y Abdulhak Shinasí, notable crítico literario.

De Ahmet Hashím, delicado espíritu poético, insertamos uno de los típicos ensayos.

LA LUNA

“Hemos errado todo el día por el campo y a orillas del mar. Como el sol ilumina las cosas en forma que no deja lugar a la fantasía, hemos vivido con nuestros ojos y no hemos sentido ningún placer.

¿Quién ignora lo pronto que el alma se fatiga con el espectáculo de las hojas de los árboles llenos de polvo, de las lagartijas que respiran inmóviles sobre las rocas; de los restos de botellas, de hojalatería y zapatería que hay en el fondo de las aguas sucias del mar?

Sé por experiencia que es imposible de no regresar a casa triste

y desesperado después de un día de paseo por los campos soleados. Durante todo el día el sol es para el hombre un amigo, que le habla con franqueza pero amargamente. ¿Es posible sentir algún placer o ser feliz sin la luz?

Al fin la noche vino y las sombras se extendieron. Éramos dos seres sentados frente a frente, que se entendían sin verse. Algo, que se parecía a un extraño murmullo, se produjo de pronto detrás de nosotros. Volvimos la cabeza: detrás de dos grandes pinos una luna escarlata se elevaba como rozando el follaje. El espectáculo del universo se transformó de golpe. Se hubiese dicho que estábamos en un mundo indefinido e incompleto, dibujado a la tinta china por un artista japonés. Había terminado la tortura de ver las cosas en su perfecta nitidez.

La embriaguez de ver turbio y de imaginar, se extendía en nuestros cuerpos como los vapores del opio. A nuestro alrededor un extenso y rico bosque se levantaba en lugar de los árboles sarnosos del día. Las muchachas desaseadas de una familia indigente, que cenaban enfrente de nosotros, se habían transformado en sueños aureolados bajo la claridad lunar que bañaba sus rostros. El mar había sido vaciado de sus aguas turbias, y ahora, en su lugar, un líquido luminoso ondulaba y cantaba en la arena de la ribera. Comenzábamos a tener miedo de la belleza del mundo. Pues nuestra alma estaba llena como para estallar, con la felicidad mágica que vertía la luna.

¡Luna! ¡luna embustera! Como el sueño que reposa a los que fatiga la inteligencia, tú consuelas a los que embrutece el sol”.

POETAS

Es en la poesía en que se depositaron siempre las más bellas flores del talento turco. Entre los poetas contemporáneos se distinguen dos grupos: el de Ziá Gokalp, Ahmet Hashím y Yahíá Kemal, y el de la nueva generación revolucionaria.

Ahmet Hashím, de inspiración simbolista, ha sido reconocido uno de los mejores vates turcos de este siglo, y es un juicio justo. Sus poesías son de una suprema delicadeza y perfección y de bellas tonalidades esfumadas. No ha deseado nunca que su arte sea accesible al gran público; escribe para la *élite* intelectual, fué un aristócrata del pensamiento. Él mismo defiende la doctrina adoptada de “l’art pour l’art” en uno de sus ensayos titulado: *De la Poesía*, en que dice:

“Puede decirse sin exageración que una poesía accesible a

todos es la exclusividad de los poetas inferiores. El acceso a los grandes poetas está cerrado como las puertas de bronce de las ciudades. No es dado a todas las manos el empujar esas puertas, que a veces permanecen cerradas a los hombres durante siglos. Fué después que uno de nuestros historiadores hubo entreabierto las puertas del fuerte que defendía a Nedim, que los enanos pudieron entrar en los jardines de la poesía. El poeta tiene, antes que el de ser comprensible otras preocupaciones, cerca de las cuales sentido y claridad no son más que la fachada exterior destinada a los no iniciados”.

Ziá Gokalp, que se ha visto ya como uno de los iniciadores de la turquización de la lengua en la revista de Salónica *Plumas Jóvenes* y Yahíá Kemal, son los otros dos grandes poetas del grupo prerrevolucionario.

He aquí dos poesías características de Ahmet Hashím :

CIGÜEÑAS A LA LUZ DE LA LUNA

*Alineadas al borde de las aguas, esperan,
Las cigüeñas absortas por la magia lunar.*

*El cielo parece esta noche un lago aéreo,
En que las estrellas son acuáticos insectos.*

*¿Por qué nadie caza en esas celestes aguas?
¿Nadie devora esas vidas ebrias de claridad?*

*Parece que contemplan, soñando, este misterio,
Las cigüeñas absortas por la magia lunar.*

PÁJAROS BLANCOS EN LA NOCHE NEGRA

*Se distinguen en la negrura de la noche,
Pájaros de plata en las fieras tinieblas:*

*Diríase que manos dolientes de reinas familiares de la aurora
Y abandonadas por la luz al mundo de las sombras,*

*Posaron al borde de las aguas vasos de cristal
En los que se acumula, destilada, la luz de la luna.*

Alta Mar, se debe a la pluma de Yahíá Kemal, poeta que fusiona en sus bellos versos al Oriente y al Occidente. Él

entrevé la posibilidad de que ambas culturas puedan unirse en un humanismo nuevo.

ALTA MAR

Era una nostalgia que sentía sin cesar como una llama, — en mis años de infancia, transcurridos en ciudades balcánicas.

Llevaba en mi pecho la tristeza que hizo a Byron desgraciado, — erraba a esa edad por las montañas, soñando silencioso.

El aire libre de las campiñas de Rakofcha también he respirado, — y sentido las pasiones de los conquistadores, mis antepasados.

La reminiscencia de las marchas emprendidas todos los años por ellos, — hacia el Norte, durante siglos, ha quedado en mi pecho como un eco.

Cuando el ejército era vencido y la patria ensombrecida, — acosó cada noche mi sueño una creencia en la conquista.

Las tristezas, sombras apenadas de las migraciones, -- las aguas que allende las fronteras corren,

Han resonado con esa creencia en mi corazón, — y conocí la dulzura del infinito horizonte.

Ya no quiero más este lugar, me dije un día, — y partí al destierro, yendo de país en país.

Fuí al país que está en los confines de la tierra, — pero tengo aún en la lengua la sal del alta mar.

Al extremo de Occidente, en la última ribera, — a la hora del flujo, bajo un cielo de plomo,

He visto al dragón de las mil cabezas que llaman el mar; — y la piel de esmeralda que cubre su bello cuerpo

Estremecerse por momentos profundamente, — y comprendí que era el dragón quien se movía.

¡Qué conmoción venía del horizonte sin fin, — y cómo mugió de pronto, estremeciéndose!

Navíos y veleros se refugiaron en los puertos. — A él solo pertenecía el inmenso paisaje.

Reinaba solo, rebelde, el pecho descubierto, — mil grutas en su superficie y dando largos alaridos.

Sentí, íntimamente, su tristeza majestuosa, — y quedé a esa hora del flujo, frente a su alma.

Escuché tu lamento, mar eternamente desolado, — sentí que estás en nuestra alma en este destierro.

Y comprendí que ninguna ribera, por hermosa que sea, — no detendrá este dolor, que parece una sed infinita.

La poesía moderna turca cuenta con buen número de poetas de las mejores aguas, llenos de vigor y de vida. Como en los otros géneros literarios, son acentuadas las tendencias nacionalistas y de cooperación en la gran obra civilizadora del kemalismo, así como el regreso a las viejas fuentes de la literatura popular. Se advierte en la forma, la influencia de la poesía actual francesa y rusa, en primer término.

Casi todos los vates de la actualidad turca son jóvenes que han comenzado a publicar sus obras después de la proclamación de la república.

Nechip Fazıl, amigo de la soledad y del misterio que vive en las calles desiertas, de las que espanta apenas las tinieblas la luz vacilante de un farol, es sin duda uno de los mejores poetas de esta generación; algunos aspectos de su obra traen a la memoria la de Rimbaud y Baudelaire.

Quizá es su inconfesado misticismo, el que le hace apreciar y experimentar mayores sensaciones en el mundo de sus sueños, que en la realidad; o en las penumbras húmedas de las callejuelas del viejo Estambul, que en la cruda verdad que ilumina el sol. Como Ahmet Hashım, no busca los favores de las masas, prefiere la impenetrabilidad de los ángulos oscuros para el vulgo, pero en que los iniciados pueden distinguir el fulgor de sus ojos, que brillan con la luz inmortal de los grandes artistas. *Kaldirimlar (Empedrados)* es su último libro de poesías. Del que hemos tomado:

EMPEDRADOS

*Estoy en la calle, en medio de una calle desierta;
Camino, camino sin mirar detrás de mí.
Donde mi ruta se confunde con la oscuridad
Veo una sombra que parece esperarme.*

*El cielo negro está cubierto de nubes grises,
Y los rayos amenazan las chimeneas de las casas.
Dos almas velan en medio de esta noche:
Yo, y los empedrados que se alargan.*

*Un miedo se acumula en mí gota a gota,
Me parece que gigantes esperan en la esquina de cada ruta.
Parecidos a ciegos cuyos ojos hubiesen sido saltados,
Las casas fijan sobre mí, sus vidrios negros.*

*Los empedrados, madres de los que sufren,
Son los seres que acogen fraternos mi dolor.
Su voz, en el silencio que se escucha,
Es un lenguaje que se prolonga en mí.*

*No me corresponde expirar sobre un seno tibio,
Yo soy el hijo que estos empedrados desean.
Con tal que el alba no nazca sobre esta calle oscura,
Que sobre esta calle lóbrega, mi viaje no tenga fin.*

*Quiero avanzar y que la ruta avance conmigo;
Que los reverberos fluyan de ambos lados como torrentes;
Toc... Toc... que los perros oigan el ruido de los pasos,
Y que lejos, se alcen los arcos de piedra en las tinieblas.*

*No quiero aparecer a la luz ni ser visto.
Os dejo los días, denme las tinieblas,
Con ellas quiero cubrirme como con una manta húmeda;
Extiendan sobre mí, extiendan las tinieblas frescas.*

*Quisiera que mi cuerpo se extendiese, cuan largo es, sobre las piedras,
Y que esas piedras frías calmasen el fuego de mi frente,
Y que sumido en un sueño misterioso, como el de las calles,
Muriese el compañero nostálgico de los empedrados.*

De él es también:

DESTIERRO

*No enciendas tu linterna al errar por la montaña,
¡Oh destierro!, no quemes mis ojos sin luz.
—¿Por qué las aguas que corren no hablan?—
¡Oh destierro!, no murmures como cascada en el silencio.*

*No marques tus arrugas en mi frente,
Destierro, no tomes ese tinte de fiebre
Ni absorbas del muro la luz del farol.*

El más original de todos los poetas turcos contemporáneos es Nazim Hikmet, nacido en el primer año de este siglo. Debió abandonar sus estudios en la escuela naval por razones de salud; cursó entonces en Moscú los estudios superiores de la Universidad moscovita. El ideal comunista lo convenció y desde entonces es la doctrina de su apostolado; dos veces fué encarcelado en Estambul por propaganda comunista. La República turca, kemalista por las particularidades sociales, no está en desacuerdo con gran parte de las teorías comunistas; el estatismo es el principio económico del Estado, es adversario de la preponderancia religiosa, del imperialismo y la colonización, de las clases opresoras. Sin embargo, el régimen kemalista no puede calificarse de comunista; es un régimen nacional turco, que ha adoptado de otras formas de gobierno lo que a juicio de Kemal Ataturk es útil a las características y situación general de Turquía, con buena parte de particularidades que coinciden con las necesidades turcas. Una propaganda comunista de tipo ruso no puede convenir a Turquía; las masas populares están lejos de poder comprender esas teorías y por otra parte, en la actualidad, serían perniciosas.

Los libros de versos de Nazim Hikmet, que ostentan títulos enigmáticos, tales como *835 líneas*, 1929; *Y de tres...*, 1930; *1 + 1 = 1*, 1931, contienen una poesía que asombra por su vigor y la libertad con que ha sido escrita. Es la más original producción de la joven pléyade de poetas. Forman el fondo de sus versos: la máquina, la subordinación del individuo a la colectividad; el trabajo, el trabajador, el anatema contra los mitos de las religiones; el dolor, la mi-

seria moral y material de Oriente, que la leyenda forjada por Loti y otros escritores europeos ha cubierto de falsa poesía.

Hemos escogido tres de sus poesías, ejemplos de sus extraordinarias dotes de artista y de poeta, y que muestran distintos aspectos de sus hondas preocupaciones: que el progreso y la máquina entren en Anatolia, cuya tierra era trabajada con patriarcales sistemas e instrumentos agrícolas; el rechazo del Corán. El primero que traducimos, ajustándonos como en todos al texto turco, es de una gran riqueza de imágenes y hace recordar el estilo de García Lorca.

SALKIN SOGUT — SAUCE LLORÓN

*El agua corría
Reflejando en su espejo los sauces.
Los sauces llorones lavaban su cabellera en el agua.
Golpeando sus espadas contra los sauces
los caballeros rojos corrían al poniente.*

*De pronto,
 como pájaro
 herido en el ala,
Un caballero herido cayó del caballo.
No gritó,
No llamó a sus compañeros,
Y miró solamente con los ojos dilatados
Las herraduras centelleantes de los caballos que se iban.*

*¡Ah, qué lástima!
Qué lástima que no pueda más
Doblarse sobre los caballos sudorosos que galopan,
Ni blandir el sable detrás de las tropas blancas.*

*El retumbar del galope se aleja poco a poco,
Los caballeros se pierden en Oriente.
Caballeros, caballeros, caballeros rojos,
¡Cuyos caballos tienen las alas del viento!
Los caballos tienen las alas del viento...
Los caballos... el viento...
Los caballos...
El caballo...
¡La vida pasó como los caballos, en alas del viento!*

Las casas
 chatas
 enfurrñadas,
Sobre las calles que parecen topineras,
 se apoyan cabeza contra cabeza.
Los que llevan turbantes bordados,
 que tienen ojos de "chins" (1)
 e ideas de tórtolas,
Cruzan las piernas en los comercios.
Delante de ellos
 los que llevan sandalias
 tienen los pies hendidos.
De esta manera,
 la melancolía de esta ciudad,
 marmita que esparce el agrio husmo
 del sueño,
No tiene nada de romántico.
Su alma tiene una nostalgia
 que se expresa
 en dos palabras:
 vapor,
 ¡Electricidad!

Lo que campos y montañas esperan,
Voluptuosamente, como una mujer
 en celo,
Es la fuerza de 1.000 búfalos, en cada una
 de sus garras.
Removiendo la tierra como se remueve el agua,
 las máquinas
 con alma de vapor.

En nuestras cabezas
 debe penetrar al fin
 esto:
El campesino tiene nostalgia de la tierra,
 y la nostalgia de la tierra es
 ¡la máquina!

EL LIBRO CON TAPAS DE CUERO — EL CORÁN

He leído durante horas
La pasada noche, bajo la luz de la luna,
Semejante a un Derviche demente,
En un banco roto, la lámpara extinta.

1) Genio hostil en las creencias árabes.

*He leído el libro cuyas tapas
De cuero dorado, están rotas.*

*Al dar vuelta cada página amarillenta, que exhalaba
un olor a moho,
Del libro enmohecido en el seno roto
Con tapas de cuero dorado,
Me pareció hollar el suelo de una tumba.*

*Las líneas manuscritas se reanimaron una a una,
Y se mostraron bajo el aspecto que dan las fábulas:
El diablo tomó forma de serpiente, Adán sucumbió
a la atracción de Eva.*

*Vi el alma maldita que mató a su hermano.
Una gran nave de madera surcó el océano,
Vi en el horizonte a Noé esperando una paloma.
El talón de Ismaíl hizo brotar sen-sen de la arena,
En el Sinaí levantó Moisés los brazos,
Al gesto de su bastón se abrió el mar,
Y los hijos de Israel encontraron el camino de Jerusalén.
Zacarías ha transformado su ruego
En un suspiro infinito,
Jesús nació, y María
Ha hecho don de su virginidad a Dios.*

*Medina abrió los brazos al Koreichita Mahoma,
Y Kerbela, para Huseín, se transformó en sepultura de fuego.
Todos se pusieron de pie, luego recayeron por tierra
Mientras daban vuelta las páginas.*

*La luna desapareció y el sol se levantó,
Y una llama nació en mi corazón.
Arrojé a un pozo
El libro de cuero cuyas tapas
Doradas, están rotas,
Para que se abisme en un sueño eterno.*

*Desgraciados, que hemos sido burlados durante siglos,
Que hemos ardido como antorchas
Para ver en la oscuridad los surcos que fueron trazados,
Para verlos y postrarnos delante.
El cielo no ha dispensado misericordia,
Y a los esclavos que ruegan a Jesús, a Moisés y a Mahoma
Se ha sólo acordado una vana oración, incienso,
Nos han mostrado el camino a paraísos de fábula.
Somos siempre esclavos y tenemos amos,
Y siempre un muro, cuyas piedras malditas están cubiertas
de musgo.*

*Se han dispensado dos destinos a los hijos de la Tierra,
Nombrando a unos Amos y a los otros Esclavos.
Que los amos, los santos, los remitas,
Se ahoguen en las profundidades de las tinieblas eternas.
Sobre los caminos de la luz no existe
Más que una sola religión, una sola ley, un solo derecho:
El trabajo del trabajador.*

Faruk Nafiz, artista de la poesía, ha publicado cuatro volúmenes de expresivos versos: *Sharkin Sultanlarí* (*Las Princesas de Oriente*), *Dinlé Neydén* (*Escucha la Flauta*), *Chobán Cheshmesí* (*La Fuente del Pastor*) y *Sudá Halkalar* (*Ondas en el agua*). A este último pertenece la siguiente poesía:

ONDAS EN EL AGUA

*Mi alma, alta mar que el horizonte cubre de tinieblas,
Y que sólo envuelve la sombra de la nada.
Mi alma, cuyo orgullo ha vencido todos los deseos,
Y que hoy la oscuridad a la luz ha sojuzgado,
No espera más que a ti como a la última aurora.
Los ángeles han hablado a mi corazón solitario.
Tu magia ha borrado en mi sueño el reflejo de la luna,
Y un candor infantil ha penetrado mis sentimientos,
Ni una onda turba el agua dilatada de mi alma.*

*Elévate, porque me desgarras el dolor en este desierto,
Más duro para los solitarios que para los muertos,
Para que mis sueños vayan hacia una nueva luz,
Y que tu figura, tu cuerpo, que son todo mi recuerdo,
Resuciten el pasado en mi pecho con una nueva forma,
Tú, que un poco de la sombra, de cada amada llevas.*

Behchet Kemal, de veintiocho años de edad, es el prototipo del poeta revolucionario, la mejor parte de sus versos tratan de la epopeya kemalista. La poesía que dedica al reformador de su patria tiene una gran virtud y un valor: la sinceridad y espontaneidad con que fué concebida y que reflejan la admiración de la juventud intelectual por la magna obra de aquél.

A ATATURK

*En tu horizonte quiero morir; donde nació,
Y aunque escriba por siglos, sólo escribir de ti.
Si por ello del genio la corona tuviera,
Para que tú la pises, a tus pies la pusiera.*

*Haces vibrar las cuerdas que dan son, no terreno.
Eres voz de lo Justo, de lo Bello y lo Bueno.
De tu mortal arcilla, —que ya el tiempo blanquea—
Para alargar los años, toda mi sangre sea.*

*Que aunque vivo abrasara, Ashik Kerem del cuento,
El fuego no quemara lo que yo por ti siento.
Y en tanto que tu gloria sobre los mares vaya,
Seré a tus pies rendido, como la onda en la playa.*

Y aunque escriba por siglos, sólo será, de ti.

Yashar Nabí, nacido en 1908, comenzó a publicar sus versos a los 17 años; es del corte típico de la actual generación. Obtuvo su renombre al publicar junto con seis jóvenes amigos, un libro *Siete Antorchas*, 1927. Le siguieron otras obras, todas recibidas con el aplauso general.

LA MUERTE DE LOS DIOSES

*Un ídolo más acaba de romperse, una lámpara más
de apagarse,
Una carcajada se ha oído, donde se elevaba
la última plegaria:
Hay un nuevo muerto en el mundo de los dioses.
Igual que un caballo que ha roto sus cadenas,
Después de haber quebrado con sus dientes su freno
viejo de cuarenta siglos.
El monstruo Lógica se arrojó fuera de su prisión
Al anuncio de la liberación, venido de lo profundo.
Sacudido como un viejo árbol enmohecido,
Otro templo más se ha desplomado sobre los dioses.
Escuchad vosotros, que corréis detrás de vuestro dios:
Las últimas campanadas en las iglesias, los últimos cantos
en las mezquitas
Mendigan piedad para el último dios que aun queda.*

Más reciente aún es Ahmet Muhip, que se hizo conocer en 1930. Atrajo de inmediato las miradas del público. Colaboró luego en las más altas tribunas literarias de Turquía.

SIN DETENERME

Parece que el tiempo apremia
—Me digo
Y tiemblo en mí mismo—
Parece que el tiempo apremia.

En un mundo incisible
—Espero,
por lo común en mi ventana—
Que florezca una primavera.

Estoy sobre un navío
—Y así,
sin detenerme, voy—
Sin duda, hacia algún país.

Shurler, el opúsculo de poemas de Ahmet Kutsí, ha bastado para llevar a su autor al primer plano de la poesía turca. De él son las estrofas que traducimos a continuación:

SOLTERONAS

Pasaron por la ruta donde pasa el viento,
Están siempre abandonadas y siempre solas.
Las solteronas han pasado esta tarde
Por la vieja ruta que recuerda el pasado.

El corazón es un misterio incomprensible;
Los caminos que a él llevan son infranqueables.
Sus corazones no vibran cuando llega la primavera,
Están siempre abandonadas y siempre silenciosas.

Sus ojos parecen sonreír, distraídos,
A la luz eterna de una aurora.
Esta tarde las solteronas han pasado
Bajo el arco que se alza al horizonte.

Kemalettín Kamí es un soñador y un apasionado; en sus versos se encuentra mucho de la melancolía y expresión de la vieja poesía popular turca. Su figura se encierra en esta estrofa:

*Soy igual que un clavel pisado,
No tengo ni amor ni esperanza.
No soy yo el que está desterrado,
Es el destierro, el que está en mí.*

De él es también:

EPITAFIO

*Era hermana de la tristeza y lágrima en mis ojos,
Amiga de la nostalgia y latido en mi pecho.
Pasaron los años tras los años y no se ha detenido,
Ni reposado, mi corazón, desbordante de amor.*

*Ella no tenía rosas, ni tampoco rosales,
Ni nada que por precioso me diera ilusiones.
Sólo en mi corazón su tumba existe.
Así triste, vean ustedes, era ese amor.*

*Su comienzo y su fin eran la eternidad,
Y la perdí persiguiendo una terrena beldad.
Recién entonces comprendí lo que era mi amor:
Una religión que busca su Dios.*

Mithat Chemal, aunque de mayor edad que los jóvenes mencionados, escribe en finos versos, en un sentido similar al de ellos.

En cuanto al teatro, ha sido introducido tardíamente en Turquía. La religión, que prohibía la presencia de la mujer con la cara descubierta, fué el principal obstáculo a la adaptación del arte dramático. El *Karagoz*, sombras chinescas, suplía al teatro. Hoy no sólo se representan obras de los mejores autores clásicos y contemporáneos del mundo, sino que autores dramáticos turcos han comenzado a producir obras de valor. Entre éstos se citan a Nechip Fazıl, a Reshat Nurí, a Vedat Nedim Tor y a Chevdet Kudret.

Después de la casi total decadencia de las literaturas árabe y persa, la turca es hoy el más alto exponente y la gran esperanza literaria del próximo oriente.

Jorge G. BLANCO VILLALTA